

### RESEÑAS

JAVIER ORDÓÑEZ, VÍCTOR NAVARRO, JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON, *Historia de la ciencia*, Madrid, Espasa Calpe, 2004, 639 pp.

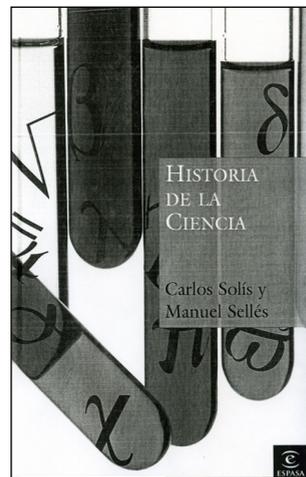
CARLOS SOLÍS, MANUEL SELLÉS, *Historia de la ciencia*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, 2005, 1.191 pp.

Muchas veces me ha comentado Manuel Sellés la carencia en lengua castellana de buenas historias de la ciencia. La enseñanza, la difusión e incluso la futura investigación se resentían. Ahora aparecen, de la mano de la Editorial Espasa Calpe dos importantes historias de la ciencia universal. Más dirigida a un amplio público la primera, más a los estudiosos la segunda, son ambas buena muestra de una alta calidad en nuestros historiadores y filósofos de la ciencia. Muestran un erudito y excelente panorama de la evolución del saber científico, siendo ambas imprescindibles para quienes se interesen por el pasado de la ciencia.

En la primera se nos dice que se quiere huir de las categorías del presente, haciendo hincapié en la organización del conocimiento científico. Se insiste en el mundo clásico griego, pasando por encima del romano, llegando al mundo árabe y a la escuela de traducción de Toledo. En fin, en las aulas universitarias que acogen un renovado Aristóteles, se enseñan las ciencias que anuncian el mundo moderno. Tal como le gustaba enseñar a Pedro Laín en esas últimas ciencias escolásticas se puede encontrar el germen del saber futuro.

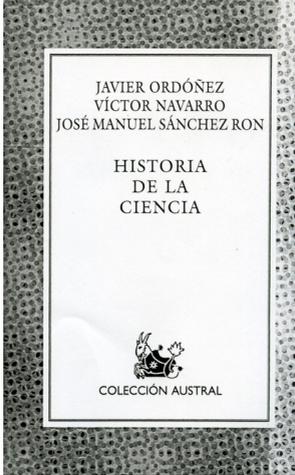
Para la revolución científica se propone un enfoque ecléctico, no centrado en factores tan solo 'internos' o 'externos'. Las novedades renacentistas se encuentran en las técnicas, geográficas y culturales, pero también en las sociales y políticas. Las instituciones y los instrumentos de Harvey o Galileo configuran el Barroco, las ciencias renovadas llevan al maravilloso edificio newtoniano. El comercio y la revolución industrial a la Ilustración, pues la física y las matemáticas, el estudio del calor y el vapor renuevan el saber, que se completa con el estudio de la naturaleza por geólogos, botánicos y zoólogos.

Darwin y Mendel son figuras esenciales en el mundo contemporáneo con sus brillantes revelaciones sobre la transmisión de la vida, en la evolución y la herencia. La histología de Santiago Ramón y Cajal y los descubrimientos sobre la infección y su lucha llevarían a los estudios más nuevos de la bioquímica o la genética. La última química, el electromagnetismo y la astrofísica se presentan de forma amena. La matemática no euclidiana y el mundo de los ordenadores, se unirán a la mecánica



cuántica y la relatividad de Einstein. Se abre así el siglo XXI hacia una nueva concepción del cosmos y de los procesos submoleculares de la vida.

El segundo libro profundiza en el concepto de ciencia, un elaborado producto cultural. «A lo largo de los siglos, el esfuerzo por comprender y controlar el mundo, que por comodidad llamamos *ciencia*, ha cambiado radicalmente de carácter como actividad humana y como institución social. Ha modificado asimismo sus relaciones con otros elementos de la cultura, con las instituciones de la política, la religión, la tecnología, la economía, el arte o la filosofía». En las primeras páginas recuerdan los autores las figuras de Alexandre Koyré y Thomas Samuel Kuhn, así como las aproximaciones más sociales, como los marxismos o la labor de sociólogos como Max Weber y



Robert King Merton. «Una de las ideas que ha presidido la escritura de este libro ha sido la de mostrar que la concepción misma de la ciencia, y no solo sus teorías, tiene una historia». En este panorama, se elige prestar especial atención a las teorías científicas, sobre todo las correspondientes a las ciencias de la naturaleza y matemáticas, ya que era preciso valorar el peso relativo de cada disciplina y centrarse en ciertos desarrollos a expensas de otros. En cualquier caso, basta ojear las páginas dedicadas al mundo preclásico a al de la revolución industrial para apreciar el cuidado y esfuerzo con que han contextualizado las novedades científicas.

Es necesario valorar el interés que los autores han tenido por llegar al momento presente, en que la ciencia presenta día a día mayores complejidades. También la aportación de materiales que completan y facilitan la lectura. Desde luego, hay que señalar la bibliografía seleccionada tras cada capítulo, así como los cuadros con conceptos, experimentos, objetos, libros o instituciones. También algunos llevan importantes textos, o bien representaciones gráficas, mostrando desde esquemas hasta símbolos como la maza, los escudos o el protector rey de la Royal Society. No podían faltar las tablillas y papiros preclásicos, el cuadrante mural

de Tycho Brahe, o el experimento de Michelson y Morley. «Estos cuadros pretenden ser ventanas que rompan el discurso cerrado del texto principal...», nos dicen en su Presentación.

Se trata, pues, de dos libros imprescindibles para quienes se interesen por la ciencia y su pasado, escritos de forma elegante y eficaz por algunos de los mejores historiadores y filósofos de la ciencia de nuestro panorama intelectual. Sean bien venidos, como apoyo necesario al avance y difusión de nuestras disciplinas.

José Luis Peset

ARISTÓTELES, *Fragmentos*, Madrid, Gredos, 2005, 502 pp.

La audaz y en consecuencia novedosa recuperación de la obra íntegra de Aristóteles por parte de Gredos (incluyendo la de textos de dudosa autoría), no ha quedado sin el remate —generoso y utilísimo—, de los *Fragmentos*. Álvaro Vallejo Campos ha hecho la cuidada edición, incluida la versión castellana, que reseñamos. Ha tenido en cuenta las ediciones canónicas, las de Rose de 1886 (que rechazaba muchos fragmentos, hoy reconsiderados), la de Ross, de 1955, muy completa, y la extensi-

sima de Gigon, de 1987; pero dada las condiciones de esta publicación, ha seguido la segunda opción básicamente, aun teniendo en cuenta las apreciaciones de los especialistas hasta finales de siglo XX.



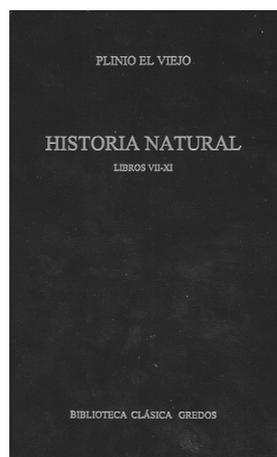
La obra, que se inicia con treinta páginas de testimonios de muchos siglos y se cierra con unos pocos versos atribuidos al Estagirita, abarca, en segundo lugar, todo lo que queda de dieciocho de sus diálogos (la parte, con mucho, más extensa); en tercer lugar, nos ofrece unas cuantas referencias a sus obras lógicas, y, en cuarto lugar, incluye cien páginas de obra filosófica, referentes a la moral, a las ideas, así como a Demócrito y a los pitagóricos.

Al menos del *Protéptico*, su famosa exhortación al filosofar (tan valorada por el *Aristóteles* de Jaeger), tenemos ochenta páginas, y es una excepción de la parte de los diálogos; aunque se reduzca, en realidad, a una colección de teselas demasiado distintas. Sin embargo, pese a la limitaciones que tienen todos estos fragmentos, en este caso post-socráticos, la viveza de determinada imagen compensa la frustración que supone la parquedad de los textos en numerosas ocasiones. Véase lo que dijo Quintiliano del autor, aquí recogido: «dudo si debo considerarlo más brillante por su conocimiento de las cosas, la abundancia de sus escritos, el vigor y elegancia de su estilo, la agudeza de su inventiva o por la variedad de sus obras».

Mauricio Jalón

PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* (libros VII-XI), Madrid, Gredos, 2003, 647 pp.

La editorial Gredos publica en su excelente colección Biblioteca Clásica el volumen tercero de los dedicados a la *Historia Natural* escrita por el romano Plinio el Viejo durante la primera centuria de la era cristiana; los precedentes volúmenes corresponden a los libros I-II y III-VI, respectivamente (también al reino animal pertenecen los posteriores libros XXVIII a XXXII). Son seis cientos de páginas dedicadas al estudio de los seres vivos conjugados en un horizonte antropocéntrico. Primero conocemos al hombre, dudando si para él la naturaleza ha sido «la mejor madre o la más funesta madrastra», luego a los otros animales: acuáticos, aéreos y terrestres. Resultado, el compendio de formas y noticias aludido por Italo Calvino en su ensayo *El cielo, el hombre, el elefante*, contrapunto de la aristotélica y precedente *Historia de los animales*, rescrita ahora más crédulamente. Licántropos, dragones, basiliscos, esfinges, caballos alados, el ave fénix, comparten cartel con los mundanos camellos, hipopótamos, leones, cocodrilos, ranas, jirafas, ballenas, abejas, águilas, arañas. Las historias de centenares de especies discurren por este imaginario zoológico donde la *observación*, la *tradición* y la *fábula* se mezclan conformando una naturaleza sensitiva y analógica que pretende ser universal. «Sólo yo entre los romanos he descrito completamente la Naturaleza», se regodea Plinio en el libro XXXVII, el último. En cierto modo tenía razón. Su *Historia* recoge lo que ha visto, oído, leído, e



imaginado. Verdades, mentiras, sueños, fantasías, componen una memoria colectiva deficiente y completa puesto que lo desconocido existe pero es invisible, permanece oculto hasta que alguien lo ve, o se lo imagina, y comparte la información, sólo entonces el objeto ocupa su lugar en los anaqueles de la historia natural. Fantasía y realidad son los mimbres de una historia también literaria, donde la magia ensombrece el rostro de la vida iluminando el alma. Transcurrirán algunos siglos hasta que los científicos describan al ser vivo sin ambages, desnudo frente al observador, aireando las vergüenzas del pasado. Errores que no son óbice para deleitarse con la erudición y el raciocinio, con ése saber contar, sin miramientos, las cosas que otros dicen, del que hace gala Plinio en su relato. Su *historia* merece ser leída.

Por qué leer la *Historia natural* de Plinio. Alguna razón encontramos en el libro de Italo Calvino *Por qué leer los clásicos*. Porque quien lo ha leído, y lo relee, como quien lo disfruta por vez primera, se embarca en una *lectura de descubrimiento* sin fin, en una historia que *nunca termina de decir lo que tiene que decir* invitándonos a reiniciar sus páginas indefinidamente; porque siendo un libro muy conocido, de oídas, *tanto más nueva, inesperada, e inédita resulta* su lectura; porque es un tesoro multicultural que lleva impresa la huella del tiempo que nos precede y las que *ha dejado en las culturas que atravesó*. Además, porque, como afirma Diderot en sus *Pensées sur l'interprétation de la nature*, nunca es tiempo perdido el que dedicamos a conocerla, incluso recurriendo al pasado. Y porque, como escribe Emilio Lledó en *Elogio de la infelicidad*, «La vida intelectual es una forma más de las múltiples que dan sentido a la aventura del vivir», y la historia narrada por Plinio es una excelente oportunidad de comprobarlo.

Andrés Galera

*Un herbario ilustrado sin texto. El códice Chigi F. VII 158*, Madrid / Vaticano, Testimonio / Biblioteca Apostólica Vaticana, 2004, 618 pp.; ed. de M. Á. González Manjarrés y M.C. Herrero Ingelmo.



Dentro de las publicaciones raras y de gran formato—que han proliferado en estas décadas, si bien sólo algunas pocas son en verdad prestigiosas—, destaca sobremanera esta edición de cierto original conservado en la Biblioteca Apostólica Vaticana. Se trata de un códice del medievo tardío, al parecer de 1400, que ofrecía un bello herbario sin más comentarios. Era pues un testimonio sólo de naturaleza visual, como era propio de determinada tipología de textos abundante en ese período. Por consiguiente, a la valoración artística (limitada en este caso, pero nada desdeñable) ha de unirse el análisis médico-botánico y filológico, que se ha añadido en esta publicación tan metódica y que le da un gran relieve inusual.

Pero el libro, por añadidura viene ejemplarmente arropado (pp. 9-78). La introducción de Miguel Á. González Manjarrés se mueve por un triple camino. De antemano, el especialista nos ofrece una sinopsis rigurosa de la farmacología antigua y medieval, aclaradora de esa inveterada actividad humana, en este caso occidental. Da cuenta, a continuación, de la amplia

tradición del *Tractatus de herbis* (tradición que incluye ilustraciones de los simples medicinales, y que arranca a finales del siglo XIII); en ella se insertaría este códice, aunque solo parcialmente, pues ha de unirse a herbarios de otro tipo, los del ‘ciclo alquímico’, que fueron ilustrados vivazmente a menudo con figuras propias de la imaginación popular; como se nos indica ahí, fueron desarrolladas en los siglos XIV y XV. Y finalmente el introductor describe técnicamente este códice, que fue llamado el *Dioscoride latino* por algún autor. Dado el descuido del manuscrito por los estudiosos en general, hasta hoy, el introductor emplea todo su saber para dar cuenta de su valor y sus características en este extensísimo escrito preliminar.

Pues bien, la edición que sigue convierte en realidad el libro en *Un herbario ilustrado con texto*, ya que lámina a lámina se nos da una explicación del nombre de la planta representada, así como de los sinónimos que aparecen en el códice, tan imprescindibles en la botánica y en la medicina de esas fechas (así como en los primeros siglos de la modernidad). Se identifica la planta y se exponen sus valores, especialmente los terapéuticos, que eran resaltados en la tradición. En numerosas ocasiones además se emplea la referencia a Dioscórides, de la mano de Mattioli y de Laguna (Manjarrés es experto en el médico segoviano y parisino); y por último a veces se hace una valoración actual de las virtudes anteriormente citadas.

El trabajo ha sido ingente; las informaciones que nos proporciona de cada ilustración son hermosas, detalladas, ricas. El libro, así, se convierte no sólo en una obra ‘legible’, sino que además de servir para adentrarnos en unas imágenes como poco interesantes (a menudo dotadas de curiosa fuerza expresiva), nos permite tener una guía inicial para leer y seguir con curiosidad y pasión obras de botánica de la Edad Media tardía y asimismo del Renacimiento. Es una obra que toda biblioteca universitaria o pública debería adquirir; más todavía las bibliotecas dedicadas a la investigación en la cultura, científica o no, de los siglos antes citados.

Mauricio Jalón

NICOLÁS STENO, «Pródromo a una Disertación sobre un cuerpo sólido contenido de forma natural en otro cuerpo sólido», *Enseñanza de las Ciencias de la Tierra*, vol. 10, nº 3, Madrid, Asociación Española para la Enseñanza de las Ciencias de la Tierra, 2002, pp. 213-283. Traducción del latín y edición de L. Sequeiros.

A Niels Steensen, a quien solemos llamar Nicolás Steno —Stènon para los francófonos— lo recordamos sobre todo por su aportación geológica más elemental: el conocido *principio de superposición*, que establece que, en una serie de estratos no deformados, los más profundos son también los más antiguos. Desde esta aparente e inofensiva obviedad, el *principio de Steno* ha logrado convertir el suelo que pisamos en un tesoro documental, un archivo locuaz que los paleontólogos han aprendido a leer poco a poco en la laboriosidad polvorienta de las excavaciones. Gracias a Steno, cada estrato, para quien conoce el lenguaje primigenio de los fósiles, se convierte en una página de la historia de la Tierra que puede ser leída, interpretada, rescatada del silencio opaco de las rocas y convertida en una crónica realmente apasionante.

Médico en la corte del gran Duque de Toscana, los saberes de Steno se extendieron también por los espacios geométricos de la cristalografía, y por los secretos terrenos de la fisiología animal y la anatomía comparada. Y hasta hoy, en los manuales de anatomía más modernos, el *ductus parotidæus*, el conducto salival de la glándula parótida lleva todavía el nombre de *conducto de Stenon*, como testimonio de sus minuciosos trabajos anatómicos.

Fue precisamente esta práctica habitual de la disección la que permitió a Steno constatar la fuerte similitud entre los dientes de los actuales tiburones y esas extrañas «piedras en forma de lengua» (*glossopetrae*, *tongue stones* o *lingue di serpi*) que solían encontrarse en gran número en los terrenos de la isla de Malta, donde se vendían como curiosidades naturales o como amuletos protectores a los que se atribuían incluso estimables virtudes de antídoto. Hasta tal punto eran morfológicamente similares dientes y piedras que Steno pudo concluir que las *glossopetrae* no podían ser meros caprichos de la naturaleza, sino justamente eso: dientes petrificados de grandes tiburones que habrían vivido en otro tiempo. Fue un feliz destello de intuición que permitió a la Geología pasar de ser una mera ciencia descriptiva y plana, a tener esta nueva coordenada de profundidad histórica.

De este modo, y gracias a Steno, la ciencia geológica pudo encontrar los medios para establecer los fundamentos de una geocronología científica, basada en el registro fósil y no en las confusas cábalas y elucubraciones que algunos hacían a partir de los textos bíblicos. Elucubraciones que habían llevado, por ejemplo, a James Ussher, obispo de Armagh (Irlanda) a concluir en 1654, tras arduas cavilaciones, que la Tierra tendría que haber sido creada el 23 de octubre del año 4004 antes de Cristo y, para ser precisos, exactamente a las nueve de la noche.

En este número monográfico de la revista *Enseñanza de las Ciencias de la Tierra* (AEPECT) se publica, por primera vez en español, con traducción y notas del profesor Leandro Sequeiros, la obra más relevante de Nicolás Steno y probablemente también de la historia de la Geología: *De Solido intra Solidum naturaliter contento Dissertationis Prodrumus*, es decir, *Preludio (o Pródromo) de una disertación acerca de los cuerpos sólidos encerrados de forma natural en otros cuerpos sólidos*, título francamente sugestivo que por sí solo constituye desde luego una invitación a la lectura. Se trata, en efecto, sólo de un *Prodrumus*, de un anticipo, pues la *Dissertatio* anunciada por el autor en esta obrita nunca llegó a ver la amable luz de las calles de Florencia. Y es que pocos años después, Steno se ordenó sacerdote y abandonó por completo sus investigaciones científicas. Desde entonces su producción literaria, que sigue siendo abundante, se limita exclusivamente a cuestiones teológicas y espirituales. Siempre nos quedará la duda de qué nuevas revelaciones nos tendría reservadas el doctor Steensen, al igual que nos quedará la incógnita sobre las causas de una crisis personal resuelta de modo tan radical. Leibniz, que conoció a Steno cuando éste era ya obispo y vicario apostólico en Hannover, lamentó vivamente en su *Theodicea* el modo en que finalmente «un gran físico se había convertido en un teólogo mediocre».

El *Pródromo*, publicado en 1669 a instancias del Duque de Toscana, contiene (o bien reitera) algunos de los hallazgos trascendentales de Nicolás Steno, como el mencionado principio estratigráfico de la superposición, la ley de la constancia de los ángulos diedros, el esclarecimiento del origen orgánico de las *glossopetrae* y el uso, por primera vez en la historia, de un perfil estratigráfico para explicar la evolución geológica de la Toscana. Aportaciones todas ellas revolucionarias en el contexto científico de su época.

A modo de generalización, hemos dicho siempre que Hipócrates es el padre de la Medicina o que Mendel es el padre de la Genética moderna. Siguiendo esta misma tónica, se ha reivindicado también para Nicolás Steno la paternidad de la Geología como disciplina científica. Al hacerlo, seguro que somos muy conscientes de que este tipo de atribuciones de paternidad primigenia son sólo admisibles en tono de licencia pedagógica. Sabemos que la ciencia, cualquier ciencia, es siempre fruto de un esfuerzo colectivo y transgeneracional y, por muy netos que sean los méritos de un personaje, casi siempre encontraremos una inquietud heredada, o una mentalidad propicia, iniciada ya por los antecesores. Así, para el caso de Steno, Conradus Gesner (1558) o Fabio Colonna (1616) habían apuntado ya la semejanza entre las *glossopetrae* y los dientes de tiburón, si bien la idea no encontró entonces el medio apropiado o el impulso necesario para ofrecer un nuevo paradigma interpretativo. Ya se sabe que si la paternidad biológica es detectable hoy gracias a las pruebas

genéticas, la paternidad intelectual de una idea o de una disciplina es siempre un fruto híbrido de difícil asignación. En cualquier caso, y frente al abrumante protagonismo que los anglosajones han tenido siempre en los manuales de Geología, es justo reconocer los méritos innegables de este médico y anatomista danés, Niels Steensen o Nicolás Steno, una de esas personas que han sido capaces de abrir nuevas puertas y ventanas en la opacidad de los viejos muros del saber geológico.

Esta primera traducción al español, a cargo del profesor Sequeiros, toma como referencia tanto la primera edición del *Prodrumus* (Florencia, 1669) como la que Scherz llevara a cabo trescientos años después (Copenhague, 1969). Desde luego, es mucho más que una simple versión al español. Primero porque va acompañada de un amplio estudio introductorio que aborda los aspectos biográficos del autor, analiza la relevancia del paradigma geológico diluvista y ofrece, en fin, las coordenadas histórico-culturales necesarias para entender esta obra en el contexto de aquel siglo XVII que la vio nacer, un pintoresco paisaje donde se conjugaron los esfuerzos de racionalidad con la necesidad de sortear sin trauma la verdad incuestionable que ofrecían las Escrituras. En segundo lugar porque el texto, aun conservando sabor de época, se nos vuelve más diáfano y más cercano y, gracias a una cuidada traducción, queda libre de un exceso de adornos sintácticos que hubiera hecho bastante incómoda su lectura. En tercer lugar porque se han incluido nuevos epígrafes que permiten dividir el texto en bloques temáticos y poner así al descubierto de modo más eficaz el esqueleto argumental de la obra. Y por último, porque está acompañado de una colección de recursos y orientaciones didácticas, lo que permite su utilización con fines docentes tanto en la enseñanza secundaria como en los niveles universitarios. El recurso a la Historia de la Ciencia como elemento dinamizador del aprendizaje científico lo apuntaba Bachelard a finales de los años 30 y, en la didáctica de la Geología en España, Pedrinaci y Sequeiros lo han sabido promover ya en anteriores propuestas. Retrotraer y situar al alumno ante los mismos retos conceptuales, experimentales y metodológicos que caracterizan una época histórica no sólo es un recurso para la motivación y una oportunidad para la transversalidad curricular, sino también un modo original de detectar concepciones previas pseudocientíficas de fuerte arraigo muy similares a las que se dieron entonces. La experiencia docente demuestra que los alumnos (y todos lo somos) suelen estar sujetos en sus elaboraciones conceptuales exactamente a los mismos prejuicios y obstáculos que se han dado históricamente en la evolución de los paradigmas científicos. Ser conscientes de esto nos proporciona, además, una suerte de solidaridad intemporal en el esfuerzo por conocer, que hace del trabajo científico una actividad profundamente humana y humanizante.

No podemos menos que agradecer al profesor Sequeiros el que podamos disfrutar hoy en español del verbo entusiasta y del afilado rigor de este insigne «padre de la Geología». Leandro Sequeiros, catedrático de Paleontología y, por tanto, buen conocedor él mismo de las mudas locuacidades de la Tierra, ha venido cultivando también una faceta muy fértil como historiador de la ciencia, de la que esta obra es sólo una muestra entre muchas. Quienes se hayan acercado a través de sus trabajos a la personalidad enigmática de Athanasius Kircher, a la labor minuciosa de Cavanilles o a la compleja obra científica y filosófica de Teilhard de Chardin, conocerán ya el rigor y la amenidad de su tarea. Respecto al *Prodrumus* sólo nos queda confiar en que, una vez cumplida la difusión en esta publicación periódica, podamos contar en breve con una edición de consulta en un formato más acorde con el peso y la relevancia histórica de esta deliciosa obrita.

Juan V. Fernández de la Gala

MARTA STEFANI, *Corruzione e generazione. John T. Needham e l'origine del vivente*, Florencia, Leo S. Olschki, 2002, 230 pp.



El clérigo inglés John Turberville Needham fue un avezado microscopista que durante el siglo XVIII se ocupó y preocupó por resolver un problema clásico de las ciencias naturales: el origen de los seres vivos. Sin duda, polémico es el adjetivo que le conviene en pasado y presente, ante sus contemporáneos y frente a la historia.

Marta Stefani es hoy una prestigiosa investigadora en el campo de la historia de la ciencia. Atrapada en el setecientos, dirige sus pasos hacia la microscopía siendo Needham uno de sus objetos de estudio.

El libro *Corrupción y generación* recoge la investigación realizada al elaborar su tesis doctoral, *La metafísica de un microscopista: l'ipotesi sulla generazione di John Turberville Needham (1713-1781)*, presentada el año 1999. Resultado, una monografía excelente por dos motivos epistemológicos fundamentales: el primero de índole conceptual, relativo al planteamiento crítico que el tema merece frente al cliché establecido por una anacrónica historiografía sustentada en el dogmatismo de los nombres, sintonizando, por ejemplo, con la línea revisionista

formulada por Renato Mazzolini y Shirley Roe en *Science against the Unbelievers: the Correspondence of Bonnet and Needham 1760-1780* (Oxford, Voltaire Foundation, 1986); el segundo, de naturaleza metodológica, corresponde al uso de las fuentes primarias como motor documental de la investigación. El origen de la vida es un problema complejo inherente al estudio de la naturaleza y como tal emerge durante la centuria ilustrada sometido al dictamen del revolucionario microscopio. Una pléyade de naturalistas contemplan la vida aumentada; observan, describen y teorizan, y viceversa; compiten por explicar una realidad imaginada en un alto porcentaje, misión imposible porque, como explicaba el naturalista francés Réaumur, «a nosotros no nos ha sido concedido llegar a tanto». La ciencia tiene sus límites. La polémica fue dura, puso en cuestión el rigor de un modelo experimental carente del conocimiento y el desarrollo tecnológico necesarios; así, el uso del microscopio aumentó la incerteza de la vida añadiendo información pero defectuosa o imposible de asimilar. En el nombre de Needham, Stefani revisa la historia; analiza con agudeza el ideario reconstruyéndolo desde la integral de su obra para ofrecer una nueva clave interpretativa del problema y del personaje; expone los valores cognitivos del debate —epigénesis, preformación, animaculismo, ovismo, generación espontánea, regeneración—, y los personales, incluida las martingalas empleadas por los sabios para arrimar el ascua a su sardina ideológica. En este panorama, el microscopista inglés emerge renovado, desaparece del sequito de perdedores donde el maniqueísmo histórico le había colocado. El relato es polifónico. Buffon, Réaumur, Bonnet, Spallanzani, Fontana, Della Torre, Hill, Trembley, Haller, Da Costa, y más, participan en esta partida de póquer celebrada en el ilustrado casino de la ciencia a beneficio del ser vivo; unos utilizan cartas marcadas, otros van de farol, los demás ni siquiera tienen juego. *Rien ne va plus*.

Andrés Galera

JOSÉ PARDO TOMÁS, *El médico en la palestra. Diego Mateo Zapata (1664-1745) y la ciencia moderna en España*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2004, 456 pp.

La Junta de Castilla y León, a través de su Consejería de Cultura y Turismo edita una magnífica serie titulada «Estudios de historia de la ciencia y de la técnica». Se añade ahora otro importante libro de José Pardo Tomás sobre el interesante médico Diego Mateo Zapata. Un libro bien trabajado y bien escrito merece, sin duda, una atención cuidada. El formato que el autor nos propone es, además, original y así lo plantea. Nos habla desde la historia de las biografías, biografías muchas veces dolientes, sobre las que nos ilustró en una reciente reunión de la S.E.H.M. celebrada en Jaca y editada en esta misma revista. Nos habla también de su propia biografía, así del interés (conversaciones, seminarios y colaboraciones) que con Álgar Martínez han tenido por el grupo de los novatores, siguiendo la estela de su maestro José María López Piñero. También de los consejos de Francisco Tomás y Valiente, que tanto le han influido.

Nos podemos detener así en las primeras páginas del libro, una presente, la dedicatoria a este maestro, que todos recordamos con afecto; otra que falta, la introducción o prólogo. Sin duda, es una entrada original, que nos recuerda algunos incunables que carecen de portadilla. También nos sugiere que se quiere llamar la atención pronto del lector hacia el dolor del biografiado, un personaje judío, científico y moderno, malas condiciones para vivir en el Antiguo Régimen, e incluso en el Nuevo. No es extraño que pronto plasme ante el lector los gritos de dolor del reo inquisitorial, tal como hizo Tomás y Valiente en su estudio sobre la tortura. Tampoco es extraño que éste recomendase una forma biográfica, pues en sus estudios sobre muy diferentes personajes, validos y reos, siempre apunta el interés biográfico, el interés por las personas vivas, que quedaron sin embargo en su formación de historiador del derecho en el marco de las leyes e instituciones. La portada podía haber sido la muy conocida del teatro anatómico de Martín Martínez, que se incluye más tarde. En ella también se muestra el dolor, enmarcado entre la ciencia, la institución (universitaria, colegial o hospitalaria) y la nobleza. También ese grabado de Francisco de Goya, relacionado con Voltaire, que nos muestra quizá a Zapata con traje de clérigo, sabio o judío.

Nos presenta tres capítulos, marrano, polemista y médico, en que divide al personaje, quizá haciendo peligrar la unidad personal que la vida humana es, o al menos la unidad que los personajes y/o sus biógrafos quieren construir. Sin duda esta disección añade claridad, pero preocupa al autor que siempre se obsesiona por la unidad del personaje. Quizá la vida nunca sea unidad, tan solo respuesta a una época, pero también carácter, acción o destino. Tal vez esta triple división responde a las fuentes, que son muy diversas, las inquisitoriales de Cuenca, con sus únicos manuscritos de defensa, los folletos de polémica o los escritos médicos. Al final se presentan las fuentes y la bibliografía, pues el libro carece de notas, privándonos a los tristes y obsesivos eruditos de mucho alimento.

*Marrano.* Sin duda, lo que más llama la atención de esta vida es que un médico famoso, rico, relacionado con la nobleza sea procesado, atormentado y condenado por la Inquisición. De todas formas, Galileo siempre nos refresca la memoria, y otros muchos más. Con orígenes portugueses, su padre es escribano y secretario de millones, los dos padres fueron destrozados por la Inquisición. Algunos familiares quieren escapar a Amsterdam, como siempre hicieron los judíos portugueses,



para permitirse la libertad filosófica y científica de Spinoza. Se nos proporciona una cuidadosa presentación del proceso, con los testimonios anónimos; la defensa apoyada en descalificar a los testigos, en la religión católica y en las relaciones con la nobleza. Su fama como médico le permite sobrevivir, tener buenos contactos, pero también sería un peligroso cebo para la Inquisición.

Hay una larga tradición de médicos procedentes de las minorías —estudiada por Luis García Ballester para la Edad Media— que atienden a la corona, al clero y la nobleza. Nos informa el proceso con detalle de excelentes escenas de atenciones médicas, consultas y juntas, como estudiaron Alvar Martínez y él mismo. También es muy rico para conocer la vida madrileña de la primera mitad del setecientos, con el deslumbrante quinto Felipe, quien con su nueva esposa italiana y su corte desata y consiente las iras de la Inquisición, tal como señaló Teófanos Egido. Y no menos la vida de la minoría judía, si bien ridiculizada a través de los testimonios sobre sus ideas religiosas, costumbres y circuncisión. Sin embargo la pulsión obsesiva de los verdugos inquisitoriales lleva a aportar interesantes páginas, dignas de las noveladas por Carme Riera en *En el último azul* sobre los perseguidos en las Baleares.

Tras abjurar y pagar la condena, se le quitan los libros prohibidos o peligrosos, que José Pardo estudió con rigor en su libro sobre censura. Por sus apoyos de poderosos consigue volver pronto a Madrid, ganando de nuevo dinero, asociando prestigio con terribles críticas. El famoso y rico médico que invirtió en propiedades, libros, metales preciosos, cuadros y alhajas, siendo incluso inversor y prestamista, es decir un hombre moderno, se dedica a recubrir de escayola su parroquia bautismal San Nicolás de Murcia, en que se ha interesado Juan Bautista Vilar. Un curato, una sepultura, san Vicente Ferrer y santa Teresa, san Mateo y san Diego de Alcalá, cobijarían sus restos, incluso adornados con medallones de Salcillo. El Protomedicato no lo perdona y consigue que el rey en 1726 insista en impedir el ejercicio de las minorías, exigiendo limpieza de sangre, como se recoge para siempre en la recopilación legal para esta institución de Muñoz.

*Polemista.* Tras una introducción sobre la necesidad de una moderna lectura de textos, también sobre la pretendida peculiaridad del atraso español, nos centra en el personaje. Se tiene en cuenta su formación en Murcia, Valencia y Alcalá, sus maestros y lecturas. Su dificultad para conseguir grados en universidades y reválida en el Protomedicato. Llega a Madrid y entra en el hospital general de la mano del también perseguido Francisco de la Cruz. Conoce las modernas tertulias en las que se discutía de filosofía moderna, así de Descartes y Maignan.

Los impresos —y los manuscritos de polémica— sirven para llegar al gran público, como también esos curiosos retos que siempre busca en juntas o lugares públicos ante personajes, tal como el torero se expone en las plazas. Se consigue así fama, desde luego dinero, espacios nuevos, es el camino a la libre profesión. También sirven muchos de esos folletos como precedentes a la prensa médica y a la de noticias. Se entra así en nuevas propuestas y formas, en renovados y nuevos temas, consiguiendo tanto la legitimación pública, como nuevas bases epistemológicas.

Desde el galenismo se enfrenta en un primer momento con personajes destacados, como Juanini, Gámez o Cabriada, también a Gazola. De éste —junto a la astrología— rechaza el escepticismo, el mecanicismo que le llevará a Newton, el entender la medicina como régimen sanitario. De los demás la química, la circulación de la sangre, la ciencia moderna. En las peleas con el clérigo Angeleres, que defiende elixires químicos y una necesaria academia y tiene cierto apoyo de los renovadores, sigue siendo tradicionalista. Pero fracasa en congraciarse con el Protomedicato por la exigencia de la limpieza de sangre y se cruzan los procesos. Sugiere el autor que en el primero el perseguido es un Zapata tradicionalista y sobre todo galenista. El papel de la Inquisición no sería aquí tanto perseguir la ciencia moderna, sino apoyar a la corona en regular religión, minorías y autoridades menores y locales. Es una buena matización, pero la persecución de minorías está siempre presente en esta institución.

Aparece entonces el Zapata fundador, con el también perseguido Juan Muñoz y Peralta, de la Regia Sociedad Sevillana. Es su portavoz y Presidente, también quien consigue la real aprobación. A partir de aquí será moderno buscando apoyo en la nueva corona, como otros muchos renovadores

tales como Macanaz. Surgen polémicas de enorme interés, como la que se produce entre graduados y revalidados por la prelación; también las más interesantes polémicas sobre la quina, el antimonio, reflejo de Francia, el atomismo y la cesárea de la que tuvo experiencia en el hospital general.

Crítica a la universidad, defiende por el contrario las tertulias y academias tal como hizo Feijoo. Se apoya la renovación en la nueva dinastía, así en la sociedad sevillana admiradora de la inglesa, se acentúa el parecido con la academia de ciencias de Luis XIV. Se defiende la práctica y la razón, la libertad y el eclecticismo, el progreso y la modernidad, pero también la religión y la corona. La terrible guerra y la nueva dinastía son elementos importantes en que se apoyan los cambios. Se defiende la circulación de la sangre, la química, el mecanismo, el atomismo, a los citados Descartes y Maignan. La química moderna se introduce por Zapata y Félix Palacios al traducir a Lémery. También se retoma la tradición hispana con Gómez Pereira y Tosca. Hay duras peleas contra el aristotelismo de las formas sustanciales o por el galenismo con Juan Martín de Lesaca. Los jesuitas apoyan a la corona, a las ciencias, a las instituciones nuevas, así como también a Zapata.

*Médico.* Se insiste en su formación académica, en su carrera de médico, de practicante en el hospital. En su interés por la anatomía a través de su maestro Porras, recordando que en la cárcel solicita las obras de Jean-Jacques Manget. Es muy interesante el análisis de su biblioteca, lecturas y préstamos, y de las citas y empleo que hace de fuentes originales o secundarias. Poseían sus estante unos 600 libros, con medicina, filosofía natural y ciencias a la cabeza, menos de religión y clásicos. Proceden unos dos tercios de fuera, en especial de Francia e Italia y menos de Alemania.

En fin, se muestran sus clientes nobles, desde el cardenal Portocarrero al duque de Medinaceli, un buen número también de caballeros, burócratas, frailes y marranos, así como la relación con colegas. Es próspera su situación económica, señalando el pago en especies, los regalos, préstamos y negocios. Incluso se sospechó que fuese dueño de la botica de Félix Palacios y de que quisiera enriquecerse con las publicaciones de la sociedad sevillana. La nueva ciencia, el dinero, la religión y la profesión se mezclan en esta apasionante y excelente biografía que nos ofrece José Pardo. Sea bienvenida.

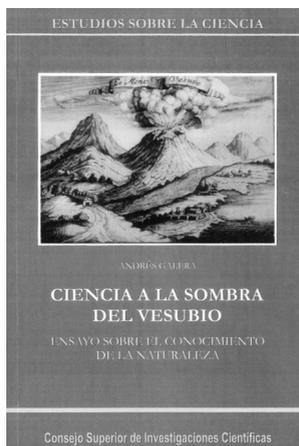
José Luis Peset

ANDRÉS GALERA, *Ciencia a la sombra del Vesubio. Ensayo sobre el conocimiento de la naturaleza*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2003, 250 pp.

El cambio de dinastía en la España del siglo XVIII fue importante en la consideración de la ciencia. También lo fue la relación con los países vecinos, en especial Francia e Italia. Ya lo estudió Andrés Galera en su libro *La Ilustración española y el conocimiento del Nuevo Mundo* (Madrid, CSIC, 1988), acerca de los trabajos científicos de la expedición Malaspina, en especial en historia natural. Se tenía en cuenta la relación de la ciencia española con los territorios coloniales, así como con los italianos. En el estudio de nuestras relaciones internacionales siempre se acentúan las verticales, descuidando las horizontales. Tal como intenté escribir en *Eidon* tenemos en cuenta las relaciones con Inglaterra, Alemania o Francia, pero olvidamos el importante influjo de Portugal o Italia en nuestra cultura.

El libro que ahora comento nos proporciona una importante y rica vista sobre la cultura y la ciencia del Nápoles borbónico. Se nos habla de la separación de la ciencia moderna del control de la iglesia y de los monarcas de las casas españolas. También de la independencia de la ciencia

como saber con entidad propia, que se separa de la medicina. Immanuel Kant en *La disputa de las facultades* señala que la corona y la mitra no se pueden imponer a la ciencia y la razón. En este intento, los científicos fueron con frecuencia víctimas de sus dueños y verdugos.



El papel que las instituciones representan en estas luchas fue importante, así el de academias, jardines, museos, colecciones, hospitales, aulas... La expulsión de los jesuitas facilita la reforma con sus instalaciones y bibliotecas. También es notable el papel de algunos personajes como Fabio Colonna, Marco Aurelio Severino, o bien Leonardo di Capua. Empiezan el estudio de los fósiles Ferrante Imperato y Fabio Colonna, prosiguiendo Agostino Scilla, pintor y naturalista aficionado. Son notables las reformas del monje matemático Celestino Galiani, buscando un saber útil y valioso, con mejoras en las aulas y en el profesorado. La ciencia moderna se une al derecho natural y de gentes, el hebreo y el estudio del clasicismo. Antonio Genovesi defiende junto a la ciencia moderna la nueva economía. Los sabios napolitanos enseñarán la ciencia nueva de forma laica, popular y útil. El italiano empieza a ser vehículo de la ciencia como ocurre con los idiomas nacionales en toda Europa. Las reformas del borbón Carlos y de sus ministros fueron de gran importancia. Las facultades de ciencias, el jardín botánico, la academia real y el observatorio astronómico son pilares de los cambios ilustrados. Se

destaca el magisterio de Domenico Cirillo y Felice Sabatelli en botánica y astronomía. Giovanni Maria della Torre, microscopista y guardián de las colecciones reales, moderniza la historia natural. También Saverio Macri inicia la moderna zoología napolitana, futuro de los estudios biológicos.

Se trata de un excelente libro, fruto de muchos años de esfuerzo. Bien escrito, es necesario para entender la modernización de la historia natural en la Europa ilustrada y, desde luego, en la España moderna.

José Luis Peset

VV. AA., «La formation de D'Alembert», *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie*, 39 (nº monográfico), 2005, 264 pp.

D'Alembert ha sido un autor un tanto olvidado. Y en nuestro país es especialmente poco conocida su obra, con excepción del notable «Discurso preliminar» de la *Enciclopedia*. También sucedía así hasta hace unos años por otras partes, aunque en otra medida. En líneas generales, pocas veces se había reparado en su figura con la intensidad suficiente, ni siquiera en la entidad de su nombre, si excluimos su trabajo enciclopedista y esa memoria indirecta que pervive en la denominación de algunos métodos matemáticos suyos.

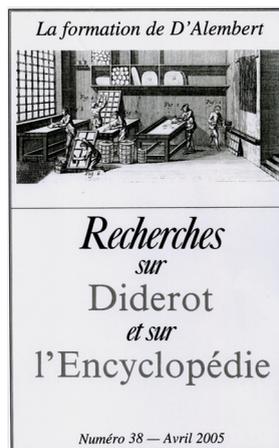
Para conocer sus escritos más accesibles había que acudir a la recopilación, totalmente unilateral, de 1821; aunque se cuente eso sí con la correspondiente reedición facsimilar de Slatkine (1967), que recogía sus antiguas *Œuvres philosophiques, historiques et littéraires* (París, 1805, 18 vols.; 1821, 5 vols). Esta publicación tan añeja sólo se completaba en parte por la edición de C. Henry, realizada a finales del siglo pasado (*Œuvres et correspondences inédites*, París, 1887).

Para el estudio del resto de la obra dalembertiana, la relativa a las ciencias puras o mixtas, según el lenguaje de su tiempo, había que seguir acudiendo —quizá por su evidente sequedad o por el carácter técnico de muchos de sus trabajos—, a las publicaciones iniciales de su obra científica, del siglo XVIII, o a la recopilación de opúsculos matemáticos que se interrumpió con la muerte del autor. Sin embargo, está en curso la edición de *Œuvres complètes*, con una bibliografía exhaustiva de Anne-Marie Chouillet, sin duda excelente como han sido siempre sus trabajos; esta edición dará ocasión a muchos estudios y comentarios.

Otro tanto sucedía con los estudios sobre el geómetra. De antemano, se disponía desde luego de dos trabajos de fuste: la biografía de Ronald Grimsley, *Jean D'Alembert (1717-1783)*, Oxford, 1963; y la monografía del estudioso de las Luces científicas, Thomas Hankins, *D'Alembert. Science and the Enlightenment*, Oxford, 1970. A ellos pueden sumarse, por la notable información sugerida directamente por el mayor discípulo de D'Alembert, el excelente libro de Keith M. Baker (*Condorcet*, Chicago, 1975; París, Hermann, 1988). No deja de llamar la atención que, aparte de que sean estudios del tercer cuarto de siglo, los tres hayan sido redactados en inglés.

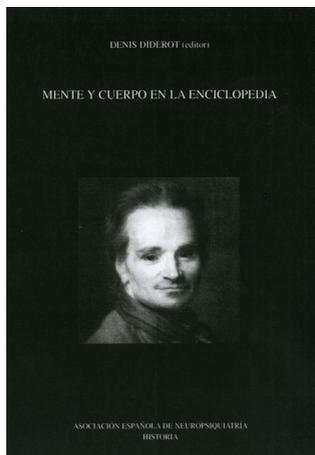
En torno al bicentenario de la Revolución, en cambio, ya en su lengua y de mano de otro tipo de autores apareció a la luz en una obra colectiva: *Jean D'Alembert, savant et philosophe: portrait à plusieurs voix*, París, Archives contemporaines, 1989. Destacaba por entonces Michel Paty, que leyó su tesis sobre D'Alembert en 1977 (*Theorie et pratique de la connaissance chez D'Alembert*, Estrasburgo, inédita), que publicó el librito *D'Alembert ou la raison physico-mathématique au siècle des Lumières*, París, Les Belles Lettres, 1998, y que finalmente logró editar, junto con Alain Michel, *Analyse et dynamique. Études sur l'oeuvre de D'Alembert*, Quebec, 2002.

En realidad, el trabajo más importante en esta tarea recuperadora sigue otra línea muy insistente: es el ofrecido de entrada por la revista *Dix-huitième siècle*, 16, 1984 («D'Alembert», pp. 7-200), número dirigido por Sylvain Auroux y Anne-Marie Chouillet; se trataba de una referencia histórica, pues se acababa de cumplir el bicentenario de la muerte del matemático. Dado el giro que fue produciéndose en pos de la mejor Ilustración, no deja de ser significativo que la otra publicación complementaria, fundada sólo en 1986, dedicara casi todo un número *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie*, 21, 1996 sobre «D'Alembert et l'Encyclopédie», pp. 69-178; y lo es más que estas mismas *Recherches* prosigan ahora —en 2005— ese complicado trabajo, con un número que se centra en los años iniciales del matemático. Los artículos de De Gandt, Passeron, Crèpel, Compère, Latour, Maire, Ben Messaoud, revisan aspectos muy dispares de la educación del enciclopedista entre 1730 y 1738; los escritos de Pfeiffer, Lubet o De Gandt (una vez más) analizan aspectos formativos científicos capitales, que se suman finalmente a los filosóficos de Le Ru y Firode. Estas son las nuevas coordenadas del estudio dalembertiano en el presente. Y es que la reflexión desde los años ochenta hasta hoy en torno a las figuras ilustradas no ha dejado de fructificar en buenas revistas, como son las dos indicadas.



Mauricio Jalón

DIDEROT (ed.), *Mente y cuerpo en la Enciclopedia*, Madrid, AEN, 2005, 220 pp.



En nuestro país, los textos teóricos de Diderot aparecieron sólo desde 1975 (incluso *El sobrino de Rameau* fue publicado como un panfleto sólo en 1968). Algunos *Escritos filosóficos* suyos datan de 1983, y dos grandes libros científicos, que han generado importante bibliografía, se conocen únicamente en castellano desde 1992: *El sueño de D'Alembert* y *La interpretación de la naturaleza* (traducido como este bello y novedoso *Mente y cuerpo en la Enciclopedia* por Julián Mateo).

Las recopilaciones de textos de la *Enciclopedia*, obra maestra de las Luces que Diderot dirigió con muchas dificultades son, por lo demás, escasas y muy breves. Así que hay dar la bienvenida a este recopilación de artículos, inédita como tal no sólo en España sino también en Francia y Europa. Algunos de ellos, por añadidura, son de la mano de Diderot. Además, esta edición va enriquecida por una valiosísima introducción de historiadora de las ciencias de la vida como Roselyn Rey (1951-1995), discípula de J. Roger: «La pathologie mentale dans l'*Encyclopédie*: définitions et distribution nosologique», de 1989.

Sin embargo, el libro no sólo rescata los trabajos esperables en esta patología mental, todavía mal definida («Melancolía», «Pesar», «Hipocondríaco», «Manía», «Locura», «Demencia», «Delirio», «Vértigo», «Histérico», «Vapores» y «Parálisis» son sus títulos), sino que además recoge una serie de temas somáticos («Animal», «Bestia», «Cuerpo», «Humor», «Fibra»), hasta llegar a la polémica idea de «Alma». Finalmente, la obra ofrece una valiosa y rara secuencia de escritos que van desde lo social («Celibato», «Castidad», «Polución», «Matrimonio»), hasta ciertas ideas que se discuten en esos años con pasión, como «Efectos de la música» (¿no fue la centuria de Rousseau y Diderot una centuria musical?), o como el genial artículo «Genio» del propio editor, el único texto bastante difundido y en diversos ámbitos del saber.

Distintos son los colaboradores, alguno bastante recurrente, como el vitalista, médico de Montpellier, Jean-Jacques Ménéuret de Chambaud, que es de gran calidad. Pero siempre destaca la implicación personal del editor, quien logra las más sabrosas contribuciones; pues Diderot apostó por renovar los conocimientos con su propia vida, anteponiendo la noción misma de experiencia vital o de entusiasmo, un resorte interno capaz de arrebatar la razón. Y posiblemente para cierta tradición dominante a mediados del siglo XX, un Diderot tan escritor como científico, un aficionado a las ciencias y a su desarrollo, en parte a través de la literatura, no era considerado miembro del pensamiento «serio».

En cambio, en estos años se ha afirmado incluso que el *pensamiento* no se ve agotado por la *filosofía*, que la filosofía es sólo un modo de pensamiento, y puede incluso ser de especial interés ver cómo éste pensamiento excede a la filosofía. Así sucede con la obra, literaria o no, de Diderot, con toda su experiencia escrita, con todo su empuje editorial de los que no puede deslindarse la *Enciclopedia*. Estos artículos, que hay que leer tan despacio como lo merecen, no defraudarán hoy ni al filósofo ni al científico ni al historiador.

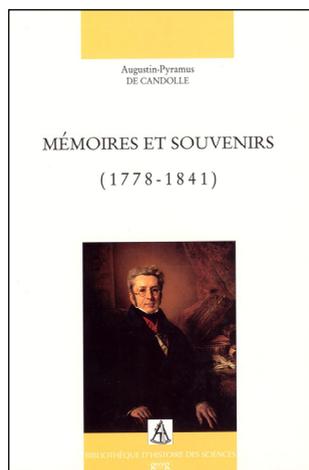
Esteban Calvo

AUGUSTIN-PYRAMUS DE CANDOLLE, *Mémoires et souvenirs (1778-1841)*, Ginebra, Georg, 2004, XV + 591 pp.

Augustin-Pyramus de Candolle fue un excelso y prolijo científico, un prócer de la botánica atrapado entre dos siglos y por sendos modos de interpretar la naturaleza: historia natural y biología. De esta sinergia surge un espíritu renovador particularmente significativo en el campo de la taxonomía, buscando la anhelada clasificación natural de las plantas; pero también nace su reticencia a aceptar la teoría de la evolución como explicación vital. El mundo no es una obra al azar necesita una *primera causa ordenadora*, escribía en la edición del año diecinueve de su *Théorie élémentaire de la botanique*. Alumno y colaborador de Lamarck no participó de su ideología, posiblemente, porque, como tantos otros, antepuso el presente botánico al pasado y al futuro de la evolución. Michel Adanson lo había expuesto claramente en su *Familias des plantes*: «antes de predecir lo que será, es necesario constatar bien lo que es». De Candolle era de tal parecer y puso en práctica la consigna. Evocando a Linneo, inventariar el reino vegetal, describir y clasificar, también fue su propósito. Propiamente, la tarea comienza en 1802 cuando, empujado por su economía, acuerda con Lamarck hacerse cargo

de la reedición de su *Flore française* —la edición de 1805 transformó los tres volúmenes originales en cinco, cuatro dedicados a la descripción de plantas—, y finaliza a su muerte, el 9 de septiembre de 1841, habiendo pasado las últimas décadas de su vida concentrado en la elaboración del *Prodromus sistematice naturalis regni vegetabilis*, que al fallecimiento comprendía siete volúmenes (su hijo Alphonse de Candolle terminó la obra alcanzando los diecisiete). Pero también se ocupó de organografía y fisiología vegetal, de la geografía de las plantas, de enseñar botánica en la universidad de Montpellier, de fundar el jardín botánico de Ginebra, y no le faltó tiempo para la causa política y más, superando los trescientos trabajos publicados; todo en un puñado de años. Tuvo una vida intensa que relata con detalle y gusto literario en unas memorias cuyo trasfondo argumental es el estatus social de la ciencia recreado en primera persona: *infancia y adolescencia, juventud, edad viril, edad madura, vejez*; memorias que retratan la actividad botánica de su época y aquellos personajes, numerosos, con quienes compartió mesa y mantel. Los acontecimientos se entrelazan, la imagen de la ciencia es el resultado de quienes la practican, de sus proyectos, ambiciones, triunfos y fracasos, encarnando la naturaleza humana de donde procede, a la que pertenece y sirve.

*Mémoires et souvenirs* ha sido editado por Jean-Daniel Candaux y Jean-Marc Drouin en la colección *Bibliothèque d'histoire des sciences* reproduciendo íntegramente el manuscrito. Anteriormente, el año 1862, Alphonse de Candolle realizó una edición corrigiendo interesadamente el contenido. Los pasajes suprimidos se han recuperado junto a la totalidad de un texto caracterizado por su valor histórico y el olvidado. Drouin ha escrito la introducción con la claridad, la medida y el dominio propios de quien conoce el tema en profundidad, situando al personaje en el tiempo, la forma y el lugar adecuados. Es el punto de partida idóneo a una autobiografía que reivindicamos como indispensable para la historia de la ciencia.



Andrés Galera

RICARDO CAMPOS MARÍN, *Monlau Rubio Giné, curar y gobernar. Medicina y liberalismo en la España del siglo XIX*, Tres Cantos (Madrid), Nivola, 2003, 158 pp.

Ricardo Campos, consolidado cultivador de la historia social de la medicina e historia de las ideas con temáticas englobadas principalmente dentro de la historia de la psiquiatría e historia de la salud pública, nos ofrece en esta ocasión una aproximación al género biográfico con una obra realizada en el marco del Programa Ramón y Cajal del Ministerio de Ciencia y Tecnología. Esta aportación que aquí se presenta, debe encuadrarse en el resurgimiento y auge experimentado por este género literario en las dos últimas décadas dentro de la historia de la ciencia y, en menor medida y más recientemente, dentro de la historia de la medicina y de la salud pública como se puso de manifiesto en el XIII Simposio de la Sociedad Española de Historia de la Medicina de 2004<sup>1</sup>. También Thomas Söderqvist lo había señalado en la Conferencia de la EAHMH de 2003<sup>2</sup>. Como se expuso en ambas reuniones, la actitud antibiográfica mostrada por la historia de la medicina y de la salud pública había estado motivada por el fuerte impacto de la historia social en ellas desde los años setenta de la pasada centuria y, en consonancia con ello, por el lugar secundario asignado a los aspectos individuales. Sin embargo, en opinión de Söderqvist y de algunos de los participantes en el simposio español de 2004 y como Ricardo Campos ha logrado poner de relieve con este sugestivo volumen, las biografías médicas, en la forma en que son entendidas actualmente como un microcosmos de la historia, pueden ser un instrumento apropiado para la incorporación de esa individualidad postergada, de la «experiencia vivida» e, integrándola dentro de su marco político, social y cultural contemporáneo, poder hacer una historia de la medicina en la línea de la denominada «historia total».

En el caso que nos ocupa, el autor ha sabido utilizar con acierto las biografías de los tres médicos estudiados —todos ellos firmes partidarios del liberalismo (aunque con ciertos matices diferenciadores) y de la modernización de la medicina española de la época, que supieron conjugar sus vidas científicas y políticas en aras de esos ideales—, para poner de relieve las principales características de la España decimonónica, su relación con el mundo de la medicina y el proceso de transformación experimentado por nuestro país a lo largo de dicha centuria que, entre otras cosas, posibilitaría dar los primeros pasos hacia esa anhelada modernización médico-sanitaria española que se haría realidad en los años treinta del siglo XX.

Combinando muy adecuadamente el trabajo personal y los datos proporcionados por algunos estudios anteriores, Ricardo Campos ilustra bien en la parte de la obra dedicada a Monlau su amplia formación —que no se limitaba al ámbito médico, sino que abarcaba otros muchos varios y diversos—, su evolución ideológica desde posiciones revolucionarias hacia posturas más moderadas, la labor desarrollada como publicista e higienista en Barcelona y su posterior incorporación como experto sanitario a la Corte de Isabel II, en la que desempeñaría un papel relevante en la construcción de la sanidad liberal llevada a cabo por los moderados. El protagonismo social alcanzado y su alta preparación en campos diversos le posibilitarían incluso llegar a ser el primer director del Museo Arqueológico Nacional en 1867<sup>3</sup>. Sin embargo, no logró ejercer plenamente como catedrático de Higiene de la Universidad Central, a pesar de que, como bien indica Ricardo Campos, Monlau obtuvo dos veces

<sup>1</sup> El resultado de la reflexión llevada a cabo durante dicha reunión forma parte del monográfico del volumen 1 de 2005 de *Asclepio*.

<sup>2</sup> SÖDERQVIST, Th. (2004), «Why are there so few scholarly biographies in the history of medicine and public health?», *Michael*, 1, 116-129.

<sup>3</sup> Tomó posesión del cargo el 18 de junio de 1867 y cesó el 10 de febrero de 1868. Cfr. MARCOS POUS, A. (1993), «Orígenes y desarrollo del Museo Arqueológico Nacional». En MARCOS POUS, A., dir., *De gabinete a Museo. Tres siglos de Historia*, Madrid, Museo Arqueológico Nacional, 21-100, p. 42.

dicho cargo y contaba con méritos más que suficientes para ello, siendo como fue el introductor de la Higiene Pública en nuestro país. En este sentido, como se nos muestra acertadamente en el texto, mérito de Monlau fue poner al corriente a la sociedad española del valor e importancia de la higiene y sintetizar sus principales principios en manuales. Sin embargo, no fue capaz de incorporar en ellos las tendencias higiénicas más novedosas, esa higiene pública experimental que se estaba desarrollando en el marco germánico, siendo su obra más próxima al primer higienismo británico y a las orientaciones francesas. De ahí que, junto al enfoque ambientalista, estén presentes en su obra las reflexiones de carácter político y moralizante. Un reflejo de ello sería su concepción de «bienestar» en relación con las condiciones de vida y trabajo, y sobre todo con la «economía», la «previsión», y «la buena conducta así en el taller como en el hogar doméstico». De hecho, en su *Higiene industrial* (1858), acabaría distinguiendo un «bienestar físico» relacionado con la salud y las condiciones de trabajo e higiene y un «bienestar moral», ligado al elemento moral.

En el caso de Federico Rubio, el autor ha sabido huir de la visión autocomplaciente y hagiográfica presente en buena parte de los escritos y biografías existentes para ofrecernos una visión más compensada de este médico polifacético. Así, nos da cuenta del crudo panorama familiar y personal, marcado por la persecución política del padre, la falta de recursos económicos y las dificultades para alcanzar Rubio una formación universitaria, que por las circunstancias históricas y personales concurridas acabaría siendo en medicina, pese a su falta de motivación hacia dichos estudios. Se nos muestra también muy adecuadamente cómo en los veinte años siguientes a la finalización de la carrera se entremezclaron en la vida de Rubio política (primero, desde las filas del Partido Demócrata y más tarde como republicano) y medicina. Uno de los exponentes de esta etapa sería su protagonismo inicial en la creación y puesta en marcha de la Escuela de Medicina y Cirugía de Sevilla en octubre de 1868, al hilo del decreto de libertad de enseñanza; si bien, no pudo desempeñar en ella la cátedra de clínica quirúrgica que se había reservado, al ser elegido diputado por el Partido Republicano el 11 de febrero de 1869. Ricardo Campos ha identificado muy bien, en la obra que estamos comentando, el nuevo período que se iniciaría en la vida de Rubio con el advenimiento de la Restauración en nuestro país, y que estaría marcado por la búsqueda de un puesto en la Corte desde su condición de cirujano prestigioso. A este período pertenecieron iniciativas con escasos resultados como su incorporación a la recién creada Escuela Práctica de Medicina y Cirugía de su amigo Pedro González de Velasco, y su hazaña más exitosa, aunque controvertida, la creación del Instituto de Terapéutica Operatoria en el Hospital de la Princesa y su posterior establecimiento como Instituto Rubio —centro totalmente autónomo y con edificio propio—, del que como bien señala Ricardo Campos falta aún un estudio más completo que cubra todo el período de su existencia y que permita evaluar más adecuadamente cuál fue el papel que desempeñó dicho instituto en el desarrollo e instauración de las especialidades médicas en nuestro país. Me parece destacable el hecho de que el contenido de esta obra nos acerque también al pensamiento social de Rubio. Con ello se nos coloca en mejores condiciones de situar más adecuadamente al citado médico y de poder rechazar esa imagen de «santo laico» que, como bien denuncia Ricardo Campos, se ofreció sobre Rubio. Coincido con el autor en que, a pesar de la reciente iniciativa impulsada y dirigida por Juan Luis Carrillo, de rescatar la figura de Rubio, está por hacer una completa biografía de Rubio, pero creo también que Ricardo Campos, con su esfuerzo personal, el uso de trabajos serios como los de Laín y Hernández Sandoica, y el recurso a algunas de las aportaciones efectuadas en el Congreso sobre Federico Rubio celebrado en El Puerto de Santa María en 2002<sup>4</sup>, ha sabido construir una biografía bastante más ajustada de Rubio.

---

<sup>4</sup> Una elaboración posterior de las aportaciones efectuadas a dicha reunión constituye el texto de CARRILLO MARTOS, J.L., ed. (2003), *Medicina y sociedad en la España de la segunda mitad del siglo XIX: una aproximación a la obra de Federico Rubio y Galí (1827-1902)*, El Puerto de Santa María.

Por lo que se refiere a Giné y Partagàs, me interesa resaltar cómo, ante un personaje con una biografía poco conocida y que nunca tuvo una militancia política tan relevante como la de Monlau o la de Rubio, Ricardo Campos ha sabido rastrear algunas constantes del pensamiento social y político en los volúmenes de Giné dedicados a la higiene pública y a la higiene industrial. Por otro lado, ha logrado igualmente ilustrar muy adecuadamente las preocupaciones e iniciativas de Giné referentes a la modernización de la enseñanza médica en nuestro país. Ello nos permite ver cómo, al igual que ocurrió con otras iniciativas reformadoras de los estudios médicos que se intentaron acometer bajo el palio de la enseñanza libre —como fue el caso de la mencionada Escuela Práctica de Medicina y Cirugía de González de Velasco—, la emprendida por el Instituto Médico de Barcelona se mostró igualmente inoperante al introducirse limitaciones a las reformas emprendidas en ese marco del decreto de libertad de enseñanza. El otro aspecto de Giné que ha sido muy bien reflejado en esta obra es el importante papel desempeñado por este médico en el proceso de desarrollo e institucionalización de la psiquiatría española en el último tercio del siglo XIX, preparando el camino a las importantes novedades y realizaciones acaecidas en los primeros años del XX.

En suma, creo que el autor ha sabido construir con las tres biografías comentadas una obra capaz de ilustrar bien una buena parte de la historia del siglo XIX, que resulta además interesante, atractiva y de utilidad para una amplia audiencia integrada tanto para profesionales de la historia e historia de la ciencia como por profesionales de la medicina, de la salud pública y de la psiquiatría. Aprovecho estas páginas para solicitar nuevas incursiones de calidad en este género biográfico.

M<sup>a</sup> Isabel Porras Gallo

MICHIHIKO HACHIYA, *Diario de Hiroshima de un médico japonés (6-VIII a 30-IX de 1945)*, Madrid, Turner, 2005, 238 pp.



Cuando se cumplen los 60 años del lanzamiento de dos bombas atómicas sobre ciudades japonesas, es más que oportuna la publicación de este escrito impresionante de Hachiya, que era en 1945 el director del Hospital de Comunicaciones de Hiroshima. Hachiya fue testigo directo del impacto así como de los instantes siguientes a una explosión que asesinaría a cien mil personas. A la vez que iba recuperándose, en circunstancias difícilísimas, Hachiya logró recomponer una mínima estructura curativa, con otros trabajadores de ese hospital de Hiroshima, de modo que logró paliar la agonía de cientos de personas, así como salvar la vida de un buen puñado de ellas.

El libro —cuyo *copyright*, de 1945 es de la North Carolina Press—, viene enriquecido por un escrito capital de Elias Canetti, de 1971, sobre el doctor Hachiya (aparecido en *La consciencia de las palabras*), donde nos dice que la literatura indispensable en la actualidad es precisamente ésta, el relato de la destrucción que nos ofreció el médico japonés. Es la suya una escritura, a modo de diario (seguramente retrospectivo), que nos cuenta primero las primeras impresiones fantasmagóricas de una víctima de la bomba atómica, y poco a poco el intento por entender lo que había ocurri-

do y cuál era su significado, a lo largo de 58 días siempre llenos de variaciones inesperadas y de hallazgos de todo tipo. Por supuesto que narra hechos individuales y colectivos de mucho peso; pero asimismo, desde el punto de vista de la medicina, vemos cómo un mero «ansiado microscopio» puede ser capital para hacer el recuento de glóbulos blancos, y para ir dando sentido a una serie de síntomas letales en su mayoría, de acuerdo con la distancia al posible lugar de caída de la bomba. La precariedad de la situación tiene su equivalente en una ciencia muy precaria, pero urgente, que se reconstruye sobre las ruinas peligrosas de su ciudad.

El libro, de alta calidad expresiva («precisión, ternura y responsabilidad son sus rasgos esenciales», dice Canetti), es por ende un microcosmos de la sociedad japonesa; y expresa Hachiya lo mejor de la calidad autocrítica de esta cultura. Su capacidad analítica es propia de los mejores documentos que jamás se hayan escrito. Hoy sigue siendo un texto riguroso, intenso, humilde; y nos recuerda en ocasiones la concisión de uno de los grandes nombres de la literatura japonesa, Kenzaburo Oé. Resulta en este punto oportuno recordar que Oé viajó muy joven a Hiroshima, en 1963, para hacer un reportaje contra las armas nucleares, y publicó dos años después unas importantes *Notas* sobre esa ciudad de la memoria (*Hiroshima nôto*), que sólo se tradujeron tardíamente al inglés y al francés, tras recibir el Nobel en 1994.

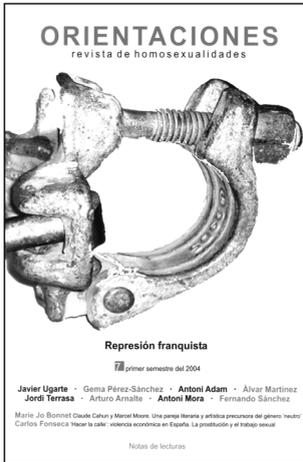
Finalmente, con respecto al *Diario de Hiroshima*, percibimos de inmediato a una población del todo desamparada por parte de quienes podrían haber ayudado pronto médicamente a los supervivientes (aspecto que sugiere, en algún momento, Hachiya); pues Japón ya había capitulado y los norteamericanos sabían, sólo ellos bien, cuál era la naturaleza científica de su nueva arma; lo cual nos hace sospechar de un comportamiento racista, nada inusual claro está, en ese modo de abandonarles a su suerte.

Por lo demás, el propio Canetti, avanzadas sus memorias (*El juego de ojos*), recoge lo que le susurró el doctor Sonne durante nuestra guerra civil sobre lo que se avecinaba en el mundo: «Tiempo por nuestras ciudades». De hecho, cabría evocar aquí las poblaciones centroeuropeas arrasadas monstruosamente en 1945; aunque antes están, al menos en el tiempo, la destrucción de Almería y de Guernica, la devastación también masiva de Varsovia. Cabe en cambio recordar, para no dejarlo en el pasado, la destrucción angloamericana de Bagdad y de otras ciudades iraquíes en 2003; pero que el número de muertes iguale al que produjo la primera bomba atómica en los días iniciales no es motivo de comparación: el sacrificio japonés tiene —sin duda alguna—, otra dimensión y por ende otra medida, y no sólo para la *ética científica*. Y precisamente por su singularidad, tampoco debe hermanarse con el gran crimen alemán del siglo XX, como pretendía en 1965 Oé. Nunca hay *invariantes* históricas; y por ello hay que lamentar que nuestro recuerdo de «Hiroshima» —al menos dada la ausencia de libros y discusiones sobre semejante atentado—, sea tan reducido.

Mauricio Jalón

VV. AA., «Represión franquista», *Orientaciones, revista de homosexualidades*, nº 7, primer semestre de 2004.

Durante el primer semestre del año 2004, ha aparecido un número de la revista *Orientaciones* conteniendo un monográfico sobre la represión franquista de la homosexualidad. Es, creo, importante que se vaya recuperando la memoria de lo que sucedió en ese período en los diversos sectores de la sociedad. Esto permitirá percibir con claridad lo terrible que fue la represión de entonces; aunque para muchos aparezca, todavía, como una época de orden y tranquilidad. Hay que saber que esos años posteriores al fin de la guerra constituyeron un tiempo de persecución, control y represión que debe estudiarse acercándose al núcleo de cada problema, en este caso de la homosexualidad.



El monográfico que comentamos consta de seis trabajos y una sección titulada Anexo Documental, que contiene documentos de diverso tipo, en este caso un expediente de peligrosidad por homosexualidad y un Manifiesto de una asociación; otra sección, Estudios y Ensayos, recoge trabajos sobre el tema de las homosexualidades; aparecen al final unas Notas de lecturas, con comentarios sobre libros. La presentación nos expone los aspectos en los que han centrado los artículos de este número de *Orientaciones*: por un lado, las instituciones y leyes relacionadas con el tema; y, por otro, su incursión en la vida de los homosexuales.

El primer trabajo, titulado «Entre el pecado y la enfermedad» pertenece a Javier Ugarte Pérez. El autor plantea que la ideología justificatoria era la de la Iglesia Católica, y no era nueva —hoy podemos comprobar que es eterna— aportada por Acción Católica y toda su grey a la que se añadían la del liberalismo conservador, tradicionalista, reaccionario, junto con Ramiro de Maeztu y su Hispanidad, y para completar el panorama, se añadían las ideas de

los «nuevos» reaccionarios, la Falange. Con respecto a la sexualidad, la lucha estaba entablada desde siempre, y en España en forma ya explícita en los años veinte y treinta. El apartado sobre «Medicalización de los pecadores» no parece demostrar mucho conocimiento sobre el tema, y menos aún los párrafos dedicados al evolucionismo. Diré sólo al respecto que el autor no parece tener claro que el mecanismo evolutivo no es perfeccionista, es adaptativo a un medio. La idea de ‘perfección’ es humana, no de la naturaleza. Las especies no se ven obligadas a nada, no son un ente pensante que se enfrenta a una circunstancia. Suceden cosas porque hay unas ciertas circunstancias que las desencadenan. Y señalar que la eugenesia, como pensamiento seleccionista, de exclusión, como lógica de la utilidad y como movimiento más o menos organizado tuvo arraigo prácticamente en todas partes del globo. Hay ya muchos trabajos publicados en España, sobre España y sobre América Latina. En fin, en general nos parece que al autor le sería útil una revisión de la literatura sobre estos temas, sobre degeneracionismo, Marañón, su concepto de «intersexualidad» y su valoración de los homosexuales que tanto influyó en el pensamiento de los años veinte, treinta y también en los cuarenta. Es importante para esa valoración que maneja de la homosexualidad como enfermedad, posiblemente enfermedad hormonal, endocrina. Creo que es un escrito que podría mejorarse con la lectura de la abundante bibliografía existente.

Los siguientes artículos, sin embargo, son muy interesantes, están bien documentados y hacen un excelente análisis del tema que proponen. Así sucede con el firmado por Gema Pérez-Sánchez, «El franquismo ¿Un régimen homosexual?», que estudia el fascismo y el juego de los papeles masculino/femenino, heterosexual/homosexual. Señala la autora la fascinación fascista por los hombres jóvenes, la importancia de la camaradería masculina y, al mismo tiempo, el miedo a la desviación de la camaradería. Aquí cabría la respuesta de convertir al que se teme, a lo que se teme en uno mismo, en un temor que se proyecta, convirtiendo al homosexual en «asocial», o incluso en «degenerado». Y se pregunta, la autora, por un lado, cómo codificó el Estado franquista la homosexualidad y, por otro, por el mecanismo que empleó para mantener una matriz estrictamente heterosexual. A esto responde haciendo un análisis sobre la debilidad del Estado español y viendo la situación de la mujer, así como considerando la legislación y medidas —¿contra o para?— la «regeneración» de los homosexuales a partir de 1950. Buen trabajo, claro y bien analizado. Aporta interesante bibliografía para un novato en el tema de la sexualidad.

El texto de Antoni Adam Donat y Àlvar Martínez Vidal, «Consideraciones sobre tan repugnante tendencia sexual: la homosexualidad en la psiquiatría del franquismo», sí demuestra un buen conocimiento de la bibliografía actual y de los textos y posiciones de los médicos de la época,

como Antonio Vallejo Nágera, Marañón y Juan José López Ibor, tres figuras especialmente influyentes, analizando cuales eran, en el fondo, sus ideas con respecto a la homosexualidad. Es un excelente texto, centrado, bien escrito, con buena bibliografía. Debemos de considerar que en una revista deben publicarse trabajos de divulgación, pero ésta significa sencillez en la expresión y corrección y justeza en las ideas que se transmiten. En cierta medida, hay que ser aún más estricto en la corrección de los conceptos que se quieren transmitir en un trabajo de este tipo que en uno más profesional, porque es más fácil ser mal entendido y transmitir ideas erróneas.

También es un muy buen trabajo el presentado por Jordi Terrasa Mateu, «Estudio jurídico de la legislación represiva franquista», un estudio muy completo que realiza un preciso análisis de la legislación, y que aporta una información muy útil.

Arturo Arnalte, autor de un libro publicado recientemente (*Redada de violetas. La represión de los homosexuales durante el franquismo*, 2003), hace aquí un repaso de las instituciones en las que se ingresaba a los homosexuales y a las características de su vida allí. Su aportación, muy interesante, se titula «Galería de invertidos. Vida cotidiana de los homosexuales en las cárceles de Franco». Según señala el autor, esas cárceles, específicas o no, eran verdaderos campos de concentración y las condenas eran indefinidas, de tal manera que podían variar, hasta un límite máximo de tres años, de forma arbitraria. Pensemos que la Colonia agrícola Penitenciaria de Tefia, Fuerteventura, para vagos y maleantes, cerró en 1966, ya en plena «apertura» de la España franquista. Es un trabajo que aporta mucha e interesante información, que nos permite hacernos una idea del absurdo y el horror en que estaba inmersa la sociedad, y pensar en lo importante que es no volver a caer en manos de quienes quieren volver a las ideas que condujeron a esa situación.

Después de los artículos comentados, el monográfico presenta una conversación entre Antoni Mora y Fernando Sánchez Amillategui sobre dos libros recientes, uno ya citado, de Arturo Arnalte, y otro de Armand de Fluvià, también de 2003, *El moviment gai a la clandestinitat del franquisme (1970-1975)*, señalando que son los dos primeros libros que aparecen sobre el asunto desde la muerte de Franco, casi treinta años después de la transición. Son una serie de comentarios informales sobre ambas obras, que muestran que existen todavía dificultades para una análisis más completo y también más distante y profesional de la materia.

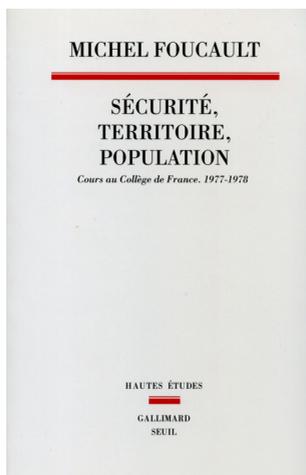
Como dijimos más arriba, dos anexos documentales completan este número: «La aplicación práctica de la LPRS a través del estudio de un expediente de peligrosidad por homosexualidad» y el «Manifiesto de la Asociación de Ex Presos Sociales de España». Creo que es un monográfico de excelente nivel, que continúa el importante trabajo de recuperación de la memoria, en este caso en el terreno de la homosexualidad, y que merece la pena su lectura. Por otra parte la revista está muy bien impresa e ilustrada, tiene una muy atractiva organización o maquetación, y se lee con gusto.

Raquel Álvarez Peláez

MICHEL FOUCAULT, *Sécurité, territoire, population y Naissance de la biopolitique*, París, Gallimard / Seuil, 2004, 436 pp. y 356 pp., respectivamente.

Nunca vino Foucault a defender una «historia irracional», sino más bien todo lo contrario. Pese a las complicaciones de su historiografía, quiso hacer una historia más real e inteligible, analizando una serie de hechos y de modelos de comportamiento que, pese a las apariencias, eran *racionales*, y trató de identificarlas de un modo muy preciso. Ya decía, por otra parte, su admirado Max Weber que la razón no era necesariamente la partera de la libertad, sino que se veía «remodelada, en la sociedad burocrática, hasta convertirla en racionalidad instrumental», compatible con muchos tipos de organización, productiva, estatal, institucional, partidista.

Todo ello se percibe bien en estos dos gruesos nuevos tomos donde se prosigue la importante fijación de los trece cursos que el pensador francés dio en el *Collège de France* entre 1971 y 1984, cuya dirección general, desde 1997, corresponde a F. Ewald y A. Fontana. En este caso tanto *Seguridad, territorio y población*, de 1978, como *Nacimiento de la biopolítica*, de 1979, han sido cuidados al milímetro por Michel Senellart, estudioso del maquiavelismo y de las artes de gobernar occidentales. Son además dos series de lecciones inéditas, pues sólo algunos fragmentos se habían publicado en vida del filósofo e historiador; incluso, con alguna variante, fueron recogidos en el tomo III de los *Dits et écrits*, París, Gallimard, 1994. Por lo demás, en este mismo tercer tomo de sus escritos dispersos aparecen intervenciones y entrevistas en Japón, por esas fechas, que son complementarios de lo que entonces exponía Foucault en París, ahora recuperado.



Los cursos precedentes llevaban sucesivamente rótulos muy expresivos de cómo realizaba su disección de la cultura moderna: *La voluntad de saber*, *Teoría e instituciones penales* y *La sociedad punitiva*, todavía no impresos; así como *El poder psiquiátrico*, *Los anormales* y «*Hay que defender la sociedad*», terceto ya dados a las librerías y muy bien anotado. Pues bien, estos dos nuevos seminarios, del todo encadenados entre sí, los llevó a cabo Foucault tras su año sabático, de 1976-1977, y tras haber publicado *Vigilar y castigar*, en 1975, y *La voluntad de saber*, en 1976. Un compás de espera, pues, se había dado desde su producción más «historicista», en la que la vía del análisis del poder era casi su firma, pero que asimismo era su posible traba.

Por supuesto que estos, a menudo impresionantes, seminarios todavía prolongan la sociología de la dominación foucaultiana, es decir, su análisis del trasfondo *domesticador* de nuestra modernidad. En particular trata de proseguir su estudio de la *biopolítica* occidental que había iniciado en «*Il faut défendre la société*». Dos años antes pues, en 1976, propuso Foucault ya hacer cierto análisis del «poder sobre la vida» desarrollado en la Europa moderna, pero su trayecto —que arrancaba de la modificación moderna de la idea y la forma de «soberanía»— seguía otro rumbo: estudiaba la nueva organización y «justificación» de la guerra, los orígenes y el afinamiento de la historia, las nuevas ideas de revolución, nación y Estado contemporáneos, con sus instituciones militares y sus secuelas racistas (pues aparece la idea de «pureza de raza», y el mismo Estado la promueve en el siglo XIX). Además, para Foucault, el historicismo decimonónico se fundaría sobre la disolución paulatina de una conciencia temporal de «tipo romano», basada en la soberanía (la aceptación de los reyes y su poder), y el surgimiento de otra nueva en la que primaría cierta promesa de liberación.

Ahora —en *Sécurité, territoire, population*— va a comprobar de qué modo, en el desarrollo de una productividad más planificada y de la normalización científica y cultural ciertas instituciones fueron abriendo mercados y modulando sus mecanismos de control, sobre todo a partir del siglo XVII. Sigue estudiando aquí Foucault determinadas relaciones de sujeción o de coacción, en los procesos de normalización social que provienen del expansivo territorialmente siglo XVI, y que fueron capaces de «fabricar sujetos» en determinadas poblaciones; eso sí, no sin revueltas por parte de determinados sectores de ellas. Pero ahora esta biopolítica europea, que define el autor en las primeras páginas de este libro, toma como referencias la *ciudad*, la *escasez* y la *epidemia* —o bien, la *calle-mercado*, el *grano* y el *contagio*— como puntos cruciales para mostrar el trasfondo que un gran número de publicaciones e intervenciones propias de la modernidad.

A partir del problema de la seguridad, del riesgo, de las crisis, del peligro, pasa a mostrar cómo aparece una intervención decisiva en la política de población muy compleja, en parte inédita y definatoria de la expansión europea. Y que afecta además a la transformación de nuestros conocimientos en con-

junto, pues las disciplinas virarán del análisis de las riquezas a la *economía*, de la historia natural a la *biología*, tal y como había mostrado formalmente diez años antes, al recurrir a la epistemología de las ciencias en *Las palabras y las cosas*.

Por otro lado, su análisis del gobierno, de la *mentalidad gobernadora* correspondiente a este giro en la actuación pública —pues estudia las relaciones entre fuerzas diversas en el pasado y en el presente—, la lleva a cabo con una extensión gigantesca en *Sécurité, territoire, population* (pp. 91-259). Pues aunque hace un viaje de ida y vuelta al Quinientos en esas páginas, ahonda enormemente, mediante interesantísimos tanteos, en el sustrato cristiano. Así, pone en evidencia, por un lado, la oposición correspondiente entre Maquiavelo y La Perrière en el siglo XVI, donde este último sería quien plantee un arte de gobernar las *cosas concretas* más que el de saber controlar con habilidad los territorios del príncipe. Pero, por otro lado —y de acuerdo con lo que es un curso en el *Collège de France*— indaga mediante oleadas sucesivas en la idea cristiana de pastoral un modelo de gobierno que haría de sustrato sobre el que pivotaría la revuelta subjetivo-religiosa del Quinientos; y de hecho lo rastrea en sus remotos orígenes (hipótesis arriesgada, que tratará él de matizar hasta su muerte), y que se ve revitalizado por el nuevo *gobierno de los hombres* llevado a cabo entre 1580 y 1660, una vez dividida la cristiandad y reforzadas en los campos católico y protestante sus correspondientes inquisiciones.

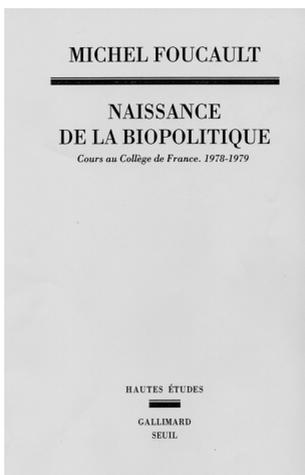
Todo ello le permite, al finalizar el primer tomo de esta doble entrega, hacer un balance tanto de la razón de Estado, como de la idea general de Policía; lo que supone hablar de cinco controles ahora fundamentales: el número de ciudadanos, las necesidades de la vida, la salud, los oficios y la circulación de los hombres; son los controles propios del Setecientos, que es la centuria a la que se dirige. En efecto, en *Naissance de la biopolitique*, una vez especificado este campo de discusión, dedica un tercio del curso a plantear el liberalismo como nuevo arte de gobernar en el siglo XVIII (y que se cierra en su célebre discusión sobre el panóptico de Bentham), como política basada en los mismos hombres que se hallan en sociedad, piezas poco conocidas y finalmente «peligrosas». Fue llevado a cabo ese arte, dice Foucault, como una razón de Estado «dulcificada», limitadora en sus movimientos, y cada vez más científicamente definida y modelada. Esa es una de las señas de la racionalidad jurídico-económica, que además se afirma en el marco de las ciencias nuevas como apoyo consistente de su estrategia. Gracias a ella se trazaron, en consecuencia, nuevas ordenaciones espaciales y sociales, que asimismo tuvieron resonancias subjetivas además de científicas.

En su horizonte temporal inmediato, el siglo XIX, se produce lo que su historia del cuerpo interrumpe, *La voluntad de saber*, expuso ya: es el momento en el que el hombre occidental toma el pulso de su proceso vital, aprende poco a poco ahora «qué significa ser una especie viva en un mundo vivo, qué supone tener un cuerpo, ciertas condiciones de existencia, unas probabilidades de vida, una salud individual y colectiva, unas fuerzas que pueden modificarse y un espacio en el que repartirlas de manera óptima». Por primera vez en la historia —afirma—, lo biológico se refleja en la política: el hecho de vivir se ve atravesado por el campo del control del saber y por la intervención del poder; estaríamos ante lo que él va a denominaba biopolítica o biopoder, analizable mediante una *biohistoria*.

Pero, en los dos tercios restantes de *Naissance de la biopolitique*, se produce un quiebro brusco en su exposición, que anuncia el giro que se producirá a continuación en su obra. De pronto Foucault da un gran salto en el tiempo, y se centra en el problema económico sustantivo de nuestra actualidad y que arrancaría lejanamente de la Ilustración (de hecho, sólo hay alguna referencia final el siglo XVIII). Analiza, con ayuda de importante bibliografía —como siempre excelentemente señalada por el editor— el liberalismo alemán de la segunda posguerra (que se opone a la trayectoria germánica contemporánea, incluyendo el pseudoestatalismo nazi), y estudia más rápidamente el liberalismo americano (que era en cambio una manera de pensar y de ser muy asentada). Por tanto, desmenuza los motivos del nuevo *homo aeconomicus*, sólo adivinado en las Luces, y las posibilidades de respuesta ante esta idea dominante en el mundo hoy, incluyendo la discusión acerca de los límites de actuación que tenía la socialdemocracia por esos años (Helmut Schmidt era canciller desde 1974), y desgranando los resortes de una derecha francesa todavía no relevada del poder.

El tono de estas páginas es vacilante, y de hecho no tendrá esta nueva temática suya continuidad en su obra. Pero con todo ello se capta mejor el momento de transición que se abría en Europa, en los debates ideológicos a finales de los setenta, con un Bloque soviético en severa crisis: las «razones» del neoliberalismo, por tanto, en su forma de anarco-capitalismo, impuesto a fuego tras su muerte en 1984, aparecían crudamente señoreando ya sus análisis. Proféticamente, Foucault vio también en sus apreciaciones el uso futuro de una «genética política», anunció una próxima oleada inmigratoria que se prolongaría en el siglo XXI, y además, describió, impresionado por su nueva fuerza, la revolución iraní de ese año, tan fundamental en las décadas siguientes: estaban recogidos en el tomo citado de *Dits et écrits* y ahora, con excelentes comentarios, en J. Afary y K.B. Anderson, *Foucault and the Iranian Revolution*, Chicago, University of Chicago, 2005.

Estos dos nuevos cursos —sobre todo por la manifiesta atención del segundo a la política del siglo XX—, van más allá de su modo más divulgado de pensar, y suponen una despedida estratégica de cierto, posible, amaneramiento conceptual de sus repetidores, de cierta repetición de consignas «foucaultianas», que él se ocupa de rebatir a veces en estas páginas apasionadas. El torbellino de interpretaciones que pone ante nuestros ojos es una verdadera experiencia, intransferible, de lectura, que remueve muchas de las ideas solidificadas acerca de lo que produjo Foucault en los setenta.



Y vemos mejor, por último, el cambio de perspectivas que afectó profundamente desde ese momento al propio Foucault, hasta el punto de abandonar el plan de trabajo que explicitó en *La voluntad de saber*. Los seminarios inmediatamente siguientes mostrarán ya —desde 1980, pues su curso *El gobierno de los vivos* se centra en los siglos II-IV de nuestra era—, que su objeto de estudio había mudado definitivamente: *Subjetividad y verdad*, *La hermenéutica del sujeto* (el único, de este tramo final de su vida, que ha sido publicado), y los dos que llevan como rótulo *El gobierno de uno mismo y de los otros*, serán muestras de ello. Aunque se capten bien las melodías principales y los temas menores foucaultianos de los setenta, siguen otras líneas de indagación en la Antigüedad greco-romana: buscan con hondura formas de subjetividad que aun siendo ajenas nos son constitutivas y pueden, por ende, redescubrirse.

Su radicalidad ante la pregunta de *¿qué cabe esperar* en el mundo presente? significa, en cierta medida, dibujar la arqueología «mental» de quienes habían buscado un cambio de raíz en la sociedad y en la ciencia de los sesenta y setenta, esto es a su generación y a la siguiente. Pero acaso —dados sus análisis ahora recuperados de la *biopolítica* liberal—, estas últimas exploraciones en nuestra modernidad podrían ser muy fructíferas para las dos generaciones que les han sucedido, una de las cuales en realidad ha llegado ya al poder hoy.

Mauricio Jalón

RAFAEL HUERTAS, *El siglo de la clínica. Para una teoría de la práctica psiquiátrica*, Madrid, Frenia, 2005, 296 pp.

Se plantea Rafael Huertas en su «Introducción» la relación entre historiadores y psiquiatras. Quiere ir más allá de una historia de las ideas médicas, incluso de la práctica médica. Quiere involucrar a los psiquiatras en la investigación de la historia de su saber y de su profesión, a la vez que a los historiadores en la conformación de una teoría de la práctica psiquiátrica.

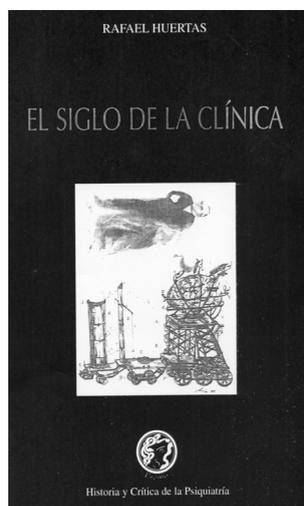
Nos proporciona el autor un magnífico panorama de la historia de la psiquiatría francesa entre fines del siglo XVIII y principios del XX. Aborda en un primer capítulo «La medicalización de la locura», tarea en la que los nuevos profesionales de la psiquiatría luchan por considerar la enfermedad mental como una más. Tal como propusieron los primeros médicos griegos, la enfermedad del alma no es posesión diabólica, ni crimen responsable contra la sociedad, sino una alteración de la naturaleza humana.

Abandonada la explicación humoral, la basada en las pasiones adquiere gran fuerza. Pero en el capítulo «La somatización del alma» muestra cómo las causas de la enfermedad se van encontrando en alteraciones somáticas, que se van concretando en neurológicas. Se acompaña este proceso con una recaída en el nihilismo terapéutico, dudando de viejos y nuevos tratamientos. Se van añadiendo posibles etiologías, que se buscan en el medio ambiente, en las costumbres o en la herencia.

En fin, era necesaria una explicación fisiológica de la enfermedad, que pasa por dudar si la enfermedad mental es un solo padecer con diversas manifestaciones progresivas, o bien se trata de variados cuadros morbosos. En ambos casos también se duda de la solidez de estas manifestaciones y de la posibilidad de encuadrarlas en nosotaxias. Las clasificaciones de la enfermedad mental, como ya mostraron J. M<sup>o</sup>. López Piñero y J. M<sup>o</sup>. Morales Meseguer en *Neurosis y psicoterapia* (1970), son un fundamental tema de investigación a partir del sencillo cuadro propuesto por Pinel. El capítulo «Bordeando la ortodoxia alienista» concluye esta parte preocupada por la teoría psiquiátrica.

La liberación de los enfermos mentales que Pinel ejemplifica, supuso una revisión del tratamiento. En el capítulo «Dilemas terapéuticos» se expone la nueva situación. Por un lado enfrentada con la dureza de la medicina anterior, por otro abierta a nuevos descubrimientos. Es cierto que el nuevo psiquiatra ve con escepticismo las posibilidades terapéuticas, pero aplica con cuidado un manejo más benévolo del enfermo y suaves drogas. También está surgiendo la curación directa del alma por parte de las escuelas de Viena y de Nancy. Son novedades que cierran este magnífico libro, bien ilustrado y con excelente bibliografía, indispensable para quienes se interesan por la psiquiatría y/o por su pretérito.

José Luis Peset



JUAN SIGNES COLOÑER, BEATRIZ ANTÓN MARTÍNEZ, PEDRO CONDE PARRADO, MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ MANJARRÉS, JOSÉ ANTONIO IZQUIERDO (eds.), *Antiquae lectiones. El legado clásico desde la Antigüedad hasta la Revolución francesa*, Madrid, Cátedra, 2005, 610 pp.

Gracias al empeño y al entusiasmo de este distinguido grupo de investigadores sale al fin a la luz un variado y extenso trabajo recopilador de escritos sobre nuestro cimiento cultural, a la vez cercano y remoto. Sus correspondientes autores, que sobrepasan el medio centenar, pertenecen a muy diversas universidades y centros superiores de investigación; y entre ellos se cuentan, además, cuatro extranjeros, que envían sus trabajos desde Lisboa, México, Buenos Aires y Leiden.

La obra, como expresa ya en su portada, va revisando paso a paso el *legado clásico*, pero desde su misma formación hasta el comienzo de la época contemporánea. Parte pues de su complicado origen en Grecia, y analiza en la Sección II su curiosa ‘invasión’ de Roma, ya que no hubo una civilización autónoma romana propiamente dicha —véanse Finley, Marrou, Veyne— sino una adaptación sistemática de la educación helenística en la cuenca mediterránea: la originalidad del Imperio romano radicó en su bilingüismo, y Roma en realidad tomó para sí otra cultura, la rehizo a su modo y se sometió a sus pautas también. Y estas son nuestras fuentes, mezcladas pero dobles.

El tramo III se refiere a las confluencias entre la piedad antigua y la piedad cristiana; el siguiente analiza ampliamente el mundo tardoantiguo, que tantos frutos ha dado en estos últimos años y que este libro recoge novedosamente. Apartados extensos se centran en la Alta y Baja Edad Media (unas cien páginas). Pero asimismo roza esta extensión el capítulo VII, dedicado al Renacimiento, por ser sin duda capital; a su estudio además se dedican muchos de los editores de este *Antiquae lectiones*, que hacen un homenaje en su título a la miscelánea de Celio Rodigino, de 1516. Las dos últimas secciones corresponden al Barroco y a la Ilustración. Como todas las que las han precedido, están desmenuzadas en una serie de síntesis de las distintas disciplinas o de diferentes problemáticas de las citadas épocas, y se completan cada una con algún texto breve y revelador.

Por lo que atañe a los planos científico-técnicos, destacan los siguientes aspectos: la ciencia y técnica, unida a la filosofía, en Grecia; la ciencia y técnica sin más en Roma; el *quadrivium* tardoantiguo; el nuevo helenismo *abbasi* en ciencia y filosofía; las ciencias en Al-Andalus, el enciclopedismo y la ciencia medievales. Por lo que respecta a la modernidad: el humanismo médico así como las ciencias y técnicas —unidos en parte a cambios filosóficos—, en el Renacimiento; la Revolución Científica ante los clásicos; la ciencia y las ideas del siglo XVIII, así como, por añadidura, la medicina ilustrada.

Pero no sólo es la ciencia sino las humanidades en general —los distintos saberes y sus transformaciones— las que se ven problematizadas en este denso y riguroso trabajo. Esperamos que suponga un impulso más para seguir recuperando el legado griego y latino, esto es, para hacer reverdecer tanto estas lenguas, tan vivas, como las obras escritas en ese más que instrumento verbal. Pues afortunadamente —en un cuarto de siglo— hemos podido leer, en ediciones cuidadas de distintas editoriales, miles de páginas del legado clásico originario, que estaban vedadas para el lector en castellano, y que son indispensables para analizar su pervivencia en la cultura moderna: en la cultura contemporánea.

Mauricio Jalón

VALERIA FINUCCI, *The Manly Masquerade. Masculinity, Paternity, and Castration in the Italian Renaissance*. Durham and London, Duke University Press, 2003, 316 pp.

Concebí esta reseña tras la lectura del libro y no antes; quiero decir —y pido disculpas por empezar hablando del reseñador en lugar de la autora y de su libro— que fue la lectura de esta obra lo que me indujo a proponer su reseña en una revista como *Asclepio*, convencido de que su actual responsable de reseñas es persona culta y sensible y que lo que hoy se conoce como *cultural studies* es un género cada día más frecuentado por los historiadores de la medicina y de la ciencia hispanohablantes. Por lo tanto, podía ser de alguna ayuda presentar en *Asclepio* una corriente de estudios sobre el Renacimiento italiano de la que Valeria Finucci es, sin duda, una de sus representantes más excelentes. Una de esas casualidades que uno se resiste a dejar de considerar sintomáticas hizo que, apenas iniciada la redacción de estas líneas, el suplemento literario del diario español que más opinión 'dicta' en el mundillo académico apareciera esa semana lleno de jocosas —pero no por eso menos feroces y absolutas— descalificaciones de los *cultural studies* (citados siempre así para dejar clara la responsabilidad anglosajona del 'invento') provenientes de dos o tres colaboradores que reían las gracias contenidas en las respuestas de Harold Bloom a una entrevista promocional de su último libro en defensa del canon clásico. Tanta animadversión procedente de gente tan respetable y en un medio de comunicación tan importante me llenaron de dudas sobre mi casi siempre problemático sentido de la orientación; no sé si los lectores de esta reseña podrán salir de dudas, pero les aseguro que si se convierten en lectores de Valeria Finucci dispondrán de serios argumentos para hacer frente a estas o parecidas descalificaciones.

Finucci es profesora de lengua, literatura y cultura italianas en la Duke University, de Carolina del Norte, y autora de una serie de obras centradas en su mayor parte en analizar —esencialmente a través de las obras literarias— aspectos de la cultura renacentista italiana que, sin duda, hace algunas décadas —hagamos el propósito de creer que hoy no tanto—, hubieran resultado sorprendentes en el índice de proyectos de un clásico departamento europeo de literatura: hombres menstruantes, mujeres mentirosas, eunucos y *castrati*; representaciones del deseo sexual, la reproducción y la maternidad; debates en torno a la generación y la degeneración, etc.<sup>1</sup> Provoque o no extrañeza en un departamento de estudios literarios, lo que es evidente, creo, es que ninguno de estos temas resulta ajeno a la historia de la medicina y de la ciencia. Así pues, la decisión de reseñar aquí este libro radica en la convicción del reseñador acerca del interés intrínseco de este tipo de acercamiento



<sup>1</sup> No es este el lugar para ofrecer la relación de las numerosas publicaciones de Valeria Finucci que tratan estos y otros temas; puede resultar conveniente, sin embargo, citar tres volúmenes que ayudan a entender la gestación del que ahora reseñamos: Finucci & Schwarts (eds.), *Desire in the Renaissance* (Princeton, 1994); Finucci (ed.), *Renaissance Transactions: Ariosto and Tasso* (Durham, 1999); Finucci & Brownlee (eds.) y *Generation and Degeneration. Tropes of Reproduction in Literature and History* (Durham, 2001).

para una historia cultural de la medicina, no en la vana pretensión de contradecir el canon clásico que tanto entusiasmo levanta en otros reseñadores menos desorientados.

Para contextualizar adecuadamente su empeño en abordar la cuestión de la masculinidad y la paternidad en la literatura renacentista italiana (entendiendo por ello la que va desde finales del siglo XV hasta mediados del siglo XVII), Finucci se muestra convencida —y convincente— acerca de la necesidad de poner en estrecha relación los textos literarios con las fuentes médicas, teológicas y jurídicas coetáneas; para ello despliega un extenso y concienzudo conocimiento de estos textos, con lo que consigue, a mi entender, la parte más sugerente de su obra para lectores disciplinadamente adscritos a la historia de la ciencia. Pero si alguno de estos lectores está, además, convencido de que para practicar el tan ensalzado diálogo pluridisciplinar debiera comenzar por tratar de familiarizarse con tradiciones culturales de raíz artística, literaria y antropológica, éste y otros trabajos de Valeria Finucci no le defraudarán. Dicho de otro modo: el libro resulta ideal para quien piense que interpretar la obra de Falloppio, Cardano o Della Porta, requiere conocer también las de Tasso, Ariosto o Maquiavelo, o al menos saber qué dicen sobre ellas sus estudiosos actuales.

En el primer capítulo, Finucci aborda las ideas acerca de la concepción y la gestación masculinas, incluida la de la generación espontánea de seres 'masculinos', que circulaban en algunos de los textos paradigmáticos de la literatura italiana, principalmente *novelle*, pero también textos teatrales y novelas de caballería, a la luz de los discursos médicos y filosófonaturales coetáneos. Aquí me permito señalar que entre las fuentes no literarias Finucci maneja textos dirigidos en principio a distintas audiencias y quizá no insiste lo suficiente en que, si bien el fondo del discurso puede ser el mismo, las intenciones de los autores y las audiencias potenciales de los textos no son las mismas. Por otro lado, los términos *learned people* y *popular audience* resultan problemáticos, sobre todo a la hora de atender a las vías de recepción y apropiación de las ideas contenidas en los textos de los que, respectivamente, les están dirigidos, empezando por la posibilidad de que los consumidores de ambos tipos de textos no fueran grupos mutuamente excluyentes.

Los cuatro capítulos centrales del libro —del segundo al quinto— están basados en el análisis de cuatro de los textos más difundidos de la literatura italiana de la época: las comedias *La mandragola*, de Maquiavelo, y *La calandria*, de Bernardo Bibbiena; y los extensos poemas épicos del *Orlando furioso*, de Ludovico Ariosto, y la *Gerusalemme liberata*, de Torquato Tasso (como se ve, un defensor del canon no tendría mucho de qué quejarse ante la elección). El segundo capítulo está dedicado al análisis de lo que la autora denomina la «mascarada de la paternidad», a través del análisis de la citada obra de Maquiavelo. El tercer capítulo se centra, en cambio, en la obra de Tasso para abordar diversas cuestiones relacionadas con la cuestión de los nacimientos monstruosos, las explicaciones médicas y filosóficas circulantes y su representación cultural en el poema así como en otras producciones artísticas italianas coetáneas. El cuarto capítulo toma como argumento principal la «erotomanía» del *Orlando furioso* y la poderosa y eficaz configuración del ideal de la masculinidad que ésta transpira. Y en el quinto capítulo le toca el turno a la otra comedia citada, *La calandria*, para ilustrar a través de ella otro de los temas estrechamente relacionados con la construcción de la masculinidad: la figura del hermafrodita, la insistente representación del ser andrógino.

Por último, el sexto capítulo aborda de nuevo un amplio catálogo de obras literarias para tratar de otra de las representaciones de la masculinidad en clave paradójica: la del *castrato*. Es en este capítulo, me da la impresión, donde Finucci se muestra más crítica con respecto a la historiografía sobre estos temas y donde aporta contundentes testimonios para romper el confinamiento de la realidad histórica de los *castrati* en un reducido ámbito cronológico, espacial y social, extendiendo dicha realidad en diversas direcciones y mostrando la necesidad de encuadrarla en el conjunto de las cuestiones abordadas en el libro, ya que de otro modo se corre el riesgo de quedar reducida a una mera curiosidad estrambótica de una moda pasajera. Especialmente destacable es, desde el punto de vista que aquí nos ocupa, la inteligente presentación de la intervención del cirujano y de su práctica experta en la «manufactura» del castrado, así como el despliegue de unos discursos

médicos coetáneos que están lejos de ser monocordes. En este sentido, se echa de menos una mayor atención a los discursos emitidos desde la teología, sea desde la tratadística o desde el púlpito; naturalmente, la autora se muestra consciente en diversas ocasiones del peso de la religión en muchos de los asuntos sometidos a su análisis, pero da la impresión de no encontrarse cómoda cuando dirige su mirada hacia las intervenciones de teólogos y moralistas.

En conclusión, una lectura estimulante, una densidad intelectual encomiable, un diálogo fecundo entre disciplinas y un paseo por la cultura del Renacimiento italiano alejado de los tópicos al uso. No se puede pedir más, aunque la generosidad de la autora incluye también una expresión clara y no exenta de humor, así como un marco referencial amplio y plural, siempre abierto a la discusión.

José Pardo Tomás